




Diez barcas varadas en la playa

Diez relatos sobre la migración
africana subsahariana

José Luis Iriberry



La totalidad de este libro, tanto el contenido como el diseño están sometidos bajo licencia  <<Reconocimiento-No comercial-Obras derivadas>> que puede consultar a la red a <<http://es.creativecommons.org/licencia/>>

Edita CRISTIANISME I JUSTÍCIA
Roger de Llúria, 13 - 08010 Barcelona
Tel: 93 317 23 38 - info@fespinal.com
www.cristianismejusticia.net

Depósito Legal: B-1.423-14
ISSN: 2014-6485
Edición: abril de 2014

Revisión del texto: Pilar de la Herran
Diseño cubierta: Jordi Pascual Morant
Diseño y maquetación interior: Pilar Rubio Tugas

DIEZ BARCAS VARADAS EN LA PLAYA

Diez relatos sobre la migración africana subsahariana

SUMARIO

INTRODUCCIÓN: ACOMPAÑAR, SERVIR, DEFENDER	3
1. «TENÍA VEINTIÚN AÑOS Y ESTABA PERDIDA»	5
2. «SÓLO QUIERO DEJAR DE CORRER»	10
3. «MI CUERPO ESTÁ LLENO DE HERIDAS»	12
4. «HE LLORADO TANTAS VECES»	15
5. «NO PUEDO QUEDARME AQUÍ PARA SIEMPRE»	18
6. «EN MARRUECOS, HE VIVIDO MUCHAS VIDAS»	22
7. «MI MARIDO EN GRECIA, YO EN MARRUECOS Y MI HIJO EN SENEGAL»	25
8. «QUIERO DAR UNA BUENA EDUCACIÓN A MIS HIJOS»	28
9. «DENTRO DE MI VIDA, LA TRISTEZA OCUPA EL ESPACIO MÁS GRANDE»	32
10. «PRONTO PODRÉ VOLVER A NIGERIA»	34
A MODO DE CONCLUSIÓN	39

José Luis Iriberry, sj.

Licenciado en Biología por la Universitat de Barcelona y en Teología por la Universidad de Lovain la Neuf en Bruselas, Máster en *Counselling* por la Universitat Ramon Llull. Fue fundador y primer director (2007 - 2010) del *Service Accueil Migrants* (SAM). Actualmente es profesor y consiliario en la Facultad de Turisme Sant Ignasi - Universitat Ramon Llull y Director de la Oficina del Peregrino del Camino Ignaciano.

INTRODUCCIÓN: ACOMPAÑAR, SERVIR, DEFENDER

Perdida... justo en la puerta, casi allí... pero no hay forma de entrar.

María Magdalena se perdió llegando a la tumba de Jesús. El Evangelio dice que estaba llorando en la puerta de la tumba. «¿Por qué lloras, María?». «Porque estoy perdida: alguien ha robado el sentido de mi vida y no sé adónde puedo ir ahora. ¿Por qué lo han hecho?».

Estoy en Casablanca. Las personas están esperando en largas colas. Llevan en la mano sus papeles con la esperanza de que alguien, dentro en la oficina, atienda su petición. Yo ya había visto esto en Barcelona antes de venir a vivir a Marruecos. Pero en este lado del Mediterráneo es diferente porque se entiende más plenamente el enorme reto que supone obtener un visado Schengen¹. Miro la gente que espera afuera. Muchas veces durante los últimos tres años he pensado en mis manos blancas, y me he preguntado por qué Dios me dio la oportunidad de ser un hombre blanco nacido en Europa.

Helen dio a luz a su cuarto hijo, el único que aún vive, nacido hace apenas dos semanas. Estoy haciéndole una visita de amistad. Me pide que sostenga al bebé. Me encanta este bebé, tan pequeño, tan «nuevo»... es tan sólo el comienzo de lo que espero sea una larga vida. El niño toma mi dedo y su pequeña mano es tan blanca como la mía. Me han dicho que no me haga ilusiones, que va a ser un verdadero negro, puesto que sus orejas son ya como la negra noche. Me pregunto si nos volveremos a encontrar algún día en un futuro lejano: me gustaría estrechar su mano una vez más, su mano negra. Me gustaría saber si alguna vez recibió una educación o si tuvo mejores oportunidades que su madre, una inmigrante indocumentada perdida en Marruecos.

Precious llora delante de mí. Vino a verme hoy: necesitaba hablar con alguien. Ha tenido que huir con sus dos bebés de la habitación que compartía con su «marido». Él es de Liberia y era violento con ella. Viene con un ojo morado. Dice que no va volver con él. Después de muchos años ya ha tenido suficiente. «Usted ve, padre: tengo veintisiete años, tengo dos hijos y no tengo esposo... estoy varada en Marruecos... mi vida es un fracaso... me avergüenzo de mí misma». Me gustaría ayudarla pero no puedo hacer nada. Tomo su mano y rezo para que Dios se haga cargo de ella. La miro y me parece como una niña perdida... una niña, madre ya de dos hijos.

Desde el verano de 2007 he estado viviendo en Marruecos, trabajando para el Servicio Jesuita a Refugiados (JRS) y en colaboración con las hermanas Franciscanas Misioneras de María, una congregación femenina que trabaja en Marruecos desde principios del siglo xx. Las Franciscanas estaban tratando de iniciar un proyecto cercano a la problemática de los inmigrantes subsaharianos en Marruecos cuando los jesuitas del JRS-Europa y el Servicio Jesuita de Migraciones en España me enviaron con la misma misión a Casablanca. Esa bendita coincidencia nos reunió en el SAM «*Service Accueil Migrants*» (Servicio de Acogida a Migrantes) y el centro de acogida llegó a nacer felizmente en el 2008.

SAM-Casablanca: acompañar, servir, defender

Abrimos este servicio para las mujeres y los niños subsaharianos en Casablanca, dentro del marco de los servicios sociales de la Iglesia Católica en Marruecos. Los relatos recogidos aquí son los de algunas de las mujeres que llegaban con regularidad al Centro SAM en mis años de servicio al JRS-Europa.

1. Papeles de Visado de Entrada legal para 29 países europeos, de la Unión y algunos de fuera de ella, como Noruega o Suiza.

El lema del JRS Internacional es: «Acompañar, Servir y Defender». Durante los últimos dos años hemos estado acompañando a más de doscientos cincuenta mujeres y más de cien niños. Les ofrecemos un jardín de infancia, una escuela primaria, diferentes talleres para las mujeres, un espacio para abrir sus mentes y corazones, un lugar donde sentirse seguras, un espacio donde compartir sus experiencias y sus sueños... o sus fracasos.

A lo largo de estos años, «Acompañar» ha significado escuchar y sentirnos cerca de ellas, a pesar de que no haber tenido una experiencia parecida a la suya. Acompañar significa estar dispuestos a dar nuestro tiempo a pesar de que hay un montón de archivos pendientes en nuestros escritorios. Acompañar significa ser muy pacientes, incluso cuando nos importunan o cuando sentimos que «nos toman el pelo». Acompañar significa tratar de ponernos en sus zapatos a pesar de que es muy difícil. Acompañar significa ir al médico o al abogado y ayudarles a entender lo que está pasando con el alquiler o con su marido en la cárcel. Acompañar significa ayudarles a discernir su momento presente aun cuando las decisiones son frecuentemente muy difíciles de tomar. Acompañar significa ilusionarse con las madres por la llegada de los bebés a nuestro mundo y celebrar sus cumpleaños.

«Servir», fue una tarea agradecida: como es fácil de imaginar, siempre se recibe mucho más de lo que se da. Servir a través de los cursos de idiomas para esas mujeres que añoran una educación desde su infancia. Servir a través de la formación en costura o los talleres de arte. Servir en la cocina y alimentar a todos nuestros niños. Servir con la distribución de paquetes de alimentos o ropa. Servir a través de nuestra presencia en situaciones de emergencia y con nuestro propio dinero de bolsillo cuando es necesario. Servir con nuestra presencia en las reuniones de coordinación con otras ONGs, o en seminarios sobre la inmigración. Servir al darnos a los niños que se reúnen en nuestra escuela infantil. Servir en todas las ocasiones en las que los humanos celebramos la vida, lo que nos ayuda a convertirnos en una gran familia de hermanos y hermanas, según la forma de pensar en África.

4

«Defender» no es una tarea fácil, pero nos gustaría hacerlo con estas páginas que estás leyendo ahora. ¿Sabías que nuestra Declaración de los Derechos Humanos de la ONU dice que toda persona tiene derecho a salir libremente de su propio país y a regresar en cualquier momento? La Declaración no dice nada sobre el derecho a entrar en otro país sin permiso. Podemos dejar la tierra que nos vio nacer y luego encontrarnos varados en un mundo intermedio vacío. En realidad no tenemos derecho a emigrar a otro país. Tenemos que pedir permiso y obtener un visado. Y hoy en día, incluso el hecho de salir de tu país sin permiso puede ser considerado un delito.

Todos tenemos derechos y tenemos la obligación de defender esos derechos. Pero con estas páginas nos gustaría ayudar a entender que tenemos que pensar nuevamente y en profundidad que significan esos «derechos humanos» en nuestro mundo «global». Nuestra pregunta sería: ¿podemos nosotros, los seres humanos, ofrecer algo a estas mujeres y niños? Ellos huyeron de sus países y de sus familias igual que muchos de los españoles, irlandeses, franceses, italianos, británicos... y otros tantos seres humanos, a lo largo de los siglos, en búsqueda de un Nuevo Mundo. Tal vez los emigrantes de hoy han nacido demasiado tarde, puesto que ya no hay un mundo nuevo por descubrir. Ahora los muros están contruidos y la migración humana ya no es libre o, incluso, como pasa de hecho en muchos casos, está prohibida. Quizás la próxima generación tendrá una mejor oportunidad. ¿Estamos preparados para el cambio de rumbo o hay que seguir esperando y viendo cómo se destruyen las esperanzas de tantos hombres y mujeres?

1. «TENÍA VEINTIÚN AÑOS Y ESTABA PERDIDA»

Me llamo Betty K. Soy de Nigeria, de Delta State. Nací en 1976. Mi padre era un soldado del ejército nigeriano. Cuando tenía nueve años, mi padre fue herido en una pierna y tuvo que retirarse. La familia se trasladó a Benin, en Edo State. Éramos tres chicas y cinco varones, y yo soy el tercer hijo en la lista. Fui a la escuela primaria, pero tuve que dejar la escuela secundaria porque éramos demasiados y mi padre no tenía dinero para pagar por todos nosotros, por lo que tomó la decisión de que las niñas debíamos quedarnos en casa y ayudar en la cocina. A la edad de once años, ya estaba en la calle vendiendo maíz tostado y zumo de naranja (¡hecho a mano por mí!). Algunas veces intentaba vender en un cruce de calles; otras veces solía llevar en la cabeza un gran plato con maíz horneado para acercarme fácilmente a las ventanas de los autobuses. Mis padres no tenían trabajo, así que mis hermanas y yo tuvimos que trabajar para todos. Recuerdo ese tiempo como muy aburrido: hacer todos los días lo mismo, la venta de productos en la calle, sin poder obtener suficientes beneficios. Era duro y no nos daba para nada. Sólo vivir el día a día, sobrevivir.

En la casa donde vivíamos no había electricidad ni agua corriente. Hoy mis padres viven en el mismo lugar. Sin cambios. Teníamos que caminar dos horas y media hasta la fuente más cercana. Un día, llevando el cántaro en la cabeza, una moto me tiró al suelo y me dolió tanto que tuve que pasar tres días en el hospital: ¡Un lugar peligroso para una niña! ¡Por la gracia de Dios todavía estoy viva!

5

Mis recuerdos de aquella época son de sufrimiento. No teníamos dinero. No podía salir con las amigas. Bueno, tampoco tenía amigas porque no tenía tiempo. Tuve que trabajar. La única distracción fue la misa dominical en la iglesia y el coro. Lloré mucho en esos momentos. No había manera de salir de esa vida. Recuerdo que el propietario de la casa venía al final del mes para exigir el dinero del alquiler y recuerdo el sufrimiento de mis padres.

Crecí así, siempre en la necesidad. Creo que esa fue la razón por la que acepté mi primer novio. Tenía veinte años. Él prometió casarse conmigo y todas las cosas buenas que vienen con la libertad de una nueva familia. Yo confiaba en él, pero estaba jugando conmigo. Cuando mi familia se dio cuenta de que había perdido mi virginidad, me obligó a buscar al muchacho, pero él lo negó todo. Tuve que soportar la vergüenza de ser golpeada por mi propia familia y expulsada de la casa. Recuerdo las semanas que dormí en el garaje. Afortunadamente, mi madre intercedió por mí y así pude volver a la casa después de algún tiempo.

Tenía veintiún años y estaba perdida. Una de mis compañeras de la escuela primaria tenía una hermana que vivía en España. Un día, su hermana le propuso irse también a España. Mi amiga me preguntó si me gustaría ir con ella y le dije que sí. No tenía dinero, pero mi madre se puso a vender cosas para poder pagar el viaje. A pesar de intentarlo, no lograba obtener lo suficiente. Mi hermano mayor se me acercó y me preguntó acerca de mi idea de ir a España. Le expliqué que había una oferta: debía ir primero a España y, una vez allí, pagar el coste de mi viaje con mi trabajo. El coste era alto: 40.000 € (hoy en día es mucho más). Mi hermano entendió que solo la prostitución podía proporcionarme esa cantidad. Me prohibió hacerlo. Yo estaba desesperada por conseguir el dinero y mi madre trató de encontrar ayuda en su familia, pero no obtuvo tampoco nada. Yo tenía que encontrar un trabajo, así que comencé a lavar platos, limpiar restaurantes, y cualquier otra cosa. El poco dinero que conseguía era apenas suficiente para cubrir el día a día.

Un día conocí a un hombre que dijo que me iba a ayudar: primero él pagaría, y una vez en Europa después de encontrar un trabajo, ya se lo devolvería yo. Esa oferta me convenía: había que salir de Nigeria por tierra y una vez en Malí tomaríamos un vuelo directo a Francia. En abril de 1998, tomamos un autobús que

llegó a Malí dos semanas más tarde. Pero... eso fue todo. La verdad es que el hombre estaba cogiendo a chicas como yo para la prostitución ¡en Malí! La misma noche que llegamos a Bamako, él me pidió que tomara el equipaje y que fuera a un hotel. Ya en la recepción comprendí que algo andaba mal: había chicas en pantalones cortos por todas partes. Aquel hombre me dijo que tenía que pagarle el precio del viaje si quería volver a casa. Yo no tenía nada. Era imposible llamar a mi familia. Lloré más de una semana. No quería comer. Estaba perdida. Algunas «amigas» que vivían allí me dijeron que dejara de llorar y aceptase la situación. Me encontré viviendo como una prostituta en Malí. Me estuve muriendo allí... durante más de tres años. Tuve que trabajar en dos ciudades diferentes. Eso fue muy duro y lo peor fue que empecé a ver que el número de hombres que me elegían para el sexo iba disminuyendo: en sólo tres años, ¡yo ya no era la misma chica! Me encontré entonces con un «novio», alguien del que se podría pensar que llegara a ser mi esposo y mantenerme a salvo. Él sabía que yo estaba en la prostitución porque me encontró en el «trabajo» una noche. Me decidí a ir con él... pero fue más de lo mismo: tenía que prostituirme para él y cuando yo trataba de guardar algo de dinero para mí, me golpeaba. Finalmente se fue con otra mujer y yo vi que tenía que dejarlo para siempre.

Un día un hombre llegó al hotel y vio cómo «mi hombre» me estaba golpeando. Me dijo que tenía un amigo en Italia que podría ayudarme. El trato era que una mujer podría pagar mi transporte y yo se lo devolvería después con mi trabajo. Mi deuda sería, otra vez, 40.000 €. No tuve más remedio: no podía soportar mi vida en Malí. Así que me decidí a seguirlo e ir a Europa. Tenía un pasaporte falso y un falso Visado Schengen. Tuve que viajar a Marruecos y allí tomaría un avión hacia Italia. Pero, una vez en Marruecos, las cosas salieron mal. Pasé más de un mes en Rabat, perdiendo el tiempo y mi visado expiró sin poder tomar un vuelo. Después aquel hombre decidió otra salida: me dijo que debía ir a Hong Kong y esperar allí, antes de llegar a Italia. Mi cabeza no podía entender por qué ese largo viaje y tuve miedo por mi vida. No estaba de acuerdo con el nuevo plan, por lo que me propuso otro. Esta vez tenía que ir a Francia y, una vez en el aeropuerto, declararme procedente de Sierra Leona y pedir el estatuto de refugiada. No lo podía creer, pero tenía que hacerlo. Y eso fue todo: ¡a Francia!

6

La policía francesa no podía como había llegado allí: «¿Cómo te las arreglaste para tomar ese vuelo?». Les expliqué una historia sobre alguien que me ayudó desde el exterior, pero al no poder encontrar a esa persona en el avión ni en ningún otro lugar, me enviaron a un campo de retención de inmigrantes. Después de tres días fui enviada al juzgado y me dijeron que debía volver a mi país. Les dije que yo era ciudadana de Sierra Leona y que no podía volver. Pero el tribunal dijo que Francia se negaba a aceptarme. Llamé a mi contacto en Italia, pero ellos dijeron que no tenían dinero para pagar a un abogado para que un abogado para que llevara mi caso. Me dijeron que tenía que inventarme una nueva historia para convencer al juez. Fue una pesadilla. El campo de retención no fue tan malo, pero tuve que ir cuatro veces a la audiencia y eso era realmente penoso. Por último, el juez tuvo bastante piedad de mí y decidió deportarme a Marruecos. Al día siguiente dos policías franceses vinieron a recogerme al aeropuerto. Me esposaron y me amarraron al asiento del avión. Lloraba y rogaba que tuviesen un poco de piedad.

Para mi sorpresa, una vez en el aeropuerto de Casablanca, la policía de la frontera dijo que no había transitado por ese aeropuerto, ya que no estaba en los registros de sus equipos. Así que... la policía me prohibió permanecer en Marruecos y me expulsaba. Yo dije: «¡OK! ¡No es ninguna molestia!». Y me encontré de nuevo en el mismo avión que me trajo a Casablanca. Una vez en Francia, la policía me llevó de nuevo al campo de inmigrantes... y dos días después me encontré en otro avión destino Marruecos, esposada y atada a mi asiento y llorando. Y... ¡la misma historia! La policía marroquí me dijo que no era bienvenida en Casablanca... así que me encontré otra vez en el avión de regreso a Francia. Dos días más en el campo de deportación y, por tercera vez, vuelo de regreso a Marruecos, esposada y atada a mi asiento. No podía creer lo que me estaba pasando. No paraba de llorar sin ninguna esperanza de ser escuchada. La tercera vez la policía marroquí me permitió permanecer en el aeropuerto y me llevaron a un campo de detención dentro del recinto del aeropuerto.

En aquel lugar había cerca de treinta mujeres y hombres, que convivían en la misma gran sala. Teníamos un baño con agua fría y había muy poca comida. La policía nos dijo que teníamos que comprar un billete a otro país o que seríamos deportados a la frontera argelina, en la región de Oujda.

Pasé un mes y medio en ese campo. Me sentía muy enferma... Cuando aún estaba en Malí me quedé embarazada... así que en todos esos meses de idas y venidas ¡estaba embarazada! Yo lo sabía y se lo dije a la policía francesa, pero no me creyeron: me enviaron a un hospital francés, pero no me hicieron ninguna ecografía y como yo seguía teniendo mi periodo, decidieron que estaba equivocada. Pero yo sabía que no era así... y en el campo de detención en Marruecos quedó claro: ya estaba de cinco meses de embarazo, así que, aunque yo llevaba la ropa amplia, no lo podía ocultar. Ese embarazo fue mi salvación: un oficial de inmigración marroquí se apiadó de mí y encontró la manera de enviarme a Abidján. Esa fue la primera vez que Dios vino a visitarme. Y me alegré de estar fuera de todo ese lío... pero aún la buena suerte no estaba de mi lado.

No llegué a Abidján: el vuelo hacía una escala en Malí, entonces me bajé del avión. La policía de inmigración no podía entender que quisiese permanecer en Malí, pero como yo persistía en mi deseo, me llevaron a una comisaría de policía en la ciudad. Allí pasé cinco días sintiéndome muy mal: algo iba mal en mi embarazo. Un hombre de la policía, al ver que estaba sangrando llamó a la policía de fronteras en el aeropuerto, para recibir instrucciones... ¡y decidieron ponerme en libertad! Así que me encontré de nuevo en Malí, en el mismo hotel donde mi «novio» seguía «trabajando». Tenía otra mujer, que fue amable conmigo y me ayudó: estaba muy enferma y, finalmente, perdí a mi bebé. No fui realmente la bienvenida en ese lugar: el hombre que me había ofrecido el «trabajo» en Italia se puso furioso conmigo. Sentía que había gastado un montón de dinero en mí para nada y también él comenzó a golpearme... Volví al infierno.

7

Huí a otro hotel y seguí con mi «trabajo», tratando de sobrevivir lo mejor que pude. Una mujer que trabajaba en el lugar mismo que yo y que tenía dos hijos, un día me propuso el ir a la iglesia con ella. Allí había encontrado un poco de ayuda en Jesucristo y me dijo que tal vez podría encontrar algo de ayuda yo también. Quizás era una vez más la llamada de Dios. Pero las cosas no fueron fáciles: mi antiguo «novio» todavía venía a verme y me exigía dinero. Yo seguía siendo su posesión, así que tenía que obedecerle y tuve que quedarme en casa, sin poder ir a la iglesia. Pero un día decidí ir a pesar de todo a la iglesia de la Comunidad Anglicana y, si me llegaba a pegar, lo aceptaría por la gracia de Dios. ¡Pero nada pasó!

Después de algún tiempo de ir a la iglesia me encontré con otro hombre, un nigeriano que había estado viviendo en Reino Unido, pero que fue deportado a Nigeria y ahora estaba viajando de vuelta a la UE. Me vio en la iglesia y alguien le contó mi historia, así que me pidió que abandonara el hotel para irme con él. Pensé que eso podría ser una oportunidad de dejar mi vida anterior en la prostitución, así que empaqueté todo y me fui a vivir con él. Ese hombre era diferente: en vez de tomar mi dinero, era él quien me lo daba para ir al mercado y hacer comercio. Se trataba de un verdadero cambio.

Empecé a hacer negocios viajando a Cotonou e incluso a Lagos. Compraba comida africana y joyería para la mujer: como yo conocía muchas mujeres que estaban «trabajando» en Malí, sabía perfectamente que podía hacer un buen negocio. Después de un año viviendo juntos, se fue a Cotonou para hacer negocios. En principio todo normal; pero no volvió. Yo lo llamaba pidiéndole una explicación pero siempre me daba excusas. Me pidió que hablara con alguien que él conocía y que se dedicaba a enviar a las chicas a Europa, pero le dije que yo no iba a hacer eso otra vez. Decidí ir a Cotonou... y me encontré con que había encontrado otra mujer para quedarse con ella. Hice algo estúpido: quería a mi hombre, así que traté de permanecer allí, estabilizarme, encontrar un trabajo y ganar dinero (en un restaurante)... y me quedé embarazada de él. Pero no fue como yo pensaba: él no estaba contento con el embarazo, así que me dijo que tenía que abortar, que no reconocería al hijo. Comencé a tomar drogas y otras cosas para perder el niño, pero no quería salir. Una vez más, estaba perdida. Sólo había una salida para mí: llegar a España antes del parto.

Volví a Malí y hablé con la gente que me podría enviar a Europa. Pero no querían llevarme si yo estaba embarazada: tenía que deshacerme del bebé. Comencé de nuevo a consumir drogas así como también «medicina tradicional», y finalmente terminé el embarazo. Con eso, llegó también la oportunidad de tomar un vuelo a Marruecos, Casablanca.

Fue en el 2003 y éramos sólo dos en el viaje: otra chica que supuestamente era mi hermana y yo. Tan sólo teníamos que cambiar de avión aquí, en Marruecos, y esperar una semana corta en Casablanca. Nos encontramos con otras mujeres esperando en el mismo lugar y por la misma razón. Éramos nueve chicas para el vuelo hacia España. Pero para mí Casablanca era el final del viaje: el hombre se quedó sólo con cuatro de nosotras y dijo que el resto debíamos valernos por nosotras mismas. Dijo que no podía confiar en nosotras porque ya sabíamos demasiado sobre la naturaleza del viaje y que no le íbamos a pagar una vez en España. Tuvimos que cambiar de «jefe» y esta vez un hombre congoleño se quiso hacer cargo de nosotras. ¡Qué vida!

Un día, yendo al mercado, dos nigerianos se me acercaron. Rechacé su oferta, pero me dijeron que si necesitaba algo, podía ir a visitarlos. Sentí que podía hacerlo, así que un día fui allí y me encontré con otro hombre de Nigeria, John... y eso cambió mi vida porque ha sido él quien realmente me ha tomado a su cargo durante los últimos siete años.

Estos años en Marruecos no han sido fáciles: vivimos por la gracia de Dios. No hay trabajo. No hay dinero. Salíamos con lo justo de cada día, con lo poco que podía mendigar. A veces éramos cinco personas durmiendo en la misma habitación, compartiendo nuestra mala suerte. Algunas veces alguien traía un poco de comida y lo compartíamos. Esos años fueron difíciles para todos los negros que se reunieron en Marruecos con la esperanza de llegar a España un día u otro. Nos escondíamos de la policía. Teníamos que cambiar de alojamiento muchas veces. Algunas veces tuvimos que huir y encontrar refugio en la habitación de los amigos.

8

Recuerdo un suceso en 2004. Soñé que la policía estaba arrestando a mi John y a otro amigo. Me vi llorar en mi sueño y en cuanto me desperté le dije que se quedara conmigo y que no fuese al «negocio» de costumbre. Salí de la habitación para avisar a su amigo, pero llegué tarde: ya había sido capturado por la policía. Fue enviado a Oujda. En otra ocasión, cuando íbamos a pie a nuestro piso, procedentes de nuestros negocios en la ciudad, vimos un coche de policía oculto y algunos policías de civil cerca de nuestra casa. Entendimos que estaban esperándonos. ¿Qué hacer? Estábamos aún paralizados por el miedo cuando un hombre marroquí nos empujó hacia el interior de su casa. Nos dijo que la policía había golpeado a un negro en el piso donde vivíamos y que nos estaban esperando. Él nos ayudó a huir. Otra vez la policía vino a nuestro edificio y le dijeron a nuestro casero que debía denunciar a todos los negros que vivían allí tan pronto como llegasen a casa. Siguiendo esas instrucciones, nuestro casero me agarró y me dijo que iba a llevarme a la comisaría porque yo era una ladrona. Traté de explicarle que yo no era una ladrona sino una inmigrante y que mis papeles estaban en trámite en la embajada y que por eso no tenía papeles. No me creyó. Me puse a llorar y esa fue mi salvación: una mujer marroquí me vio y le insistió al dueño que me dejara en libertad. El dueño lo aceptó, pero no me permitió llevarme mis pertenencias. Era libre, pero una de las mujeres más pobres de Marruecos... ¡se quedó hasta con mi teléfono móvil!

Encontramos refugio en casa de una amiga nigeriana... aunque no era realmente una amiga, porque sabiendo que estábamos en una situación muy difícil, se aprovechó para explotarme. Los cuidados sólo han venido de John y por suerte nos llegó algo de dinero de una de sus hermanas (que vive en los EE.UU.). Sin embargo, la suerte estaba alejándose nuevamente de mí: después de un tiempo me quedé embarazada y eso empeoró las cosas. Quería quedarme con el niño, pero John no estaba de acuerdo: no teníamos nada para sostener nuestra vida, ¿cómo podíamos tener un bebé? Así que al final acepté y tuve un aborto en un hospital de Rabat. Tuve suerte: ningún problema con la policía o los médicos de ese hospital. Los médicos han sido siempre favorables conmigo pues otra vez que fui ata-

cada por marroquíes, estaba caminando por la calle junto con otra chica nigeriana, nos seguían dos chicos marroquíes y nos pidieron que les diera mi bolso. Me resistí, pero sacaron un cuchillo y me cortaron en la muñeca para que lo soltase. Resulté gravemente herida. John me llevó a la atención hospitalaria de urgencias y le dije al doctor que no tenía dinero. Me escuchó y decidió cuidar de mí de forma gratuita.

En 2006 las cosas mejoraron. Empecé a hacer negocios con telas procedentes de Guinea. Ya iba regularmente a la iglesia y había decidido de acercarme a los mandamientos de Dios. Necesitaba encontrar algo de paz dentro de mí después de mi agitada vida, un poco de reconciliación. En ese momento tuve otro embarazo pero no fue bien. Me sentía enferma muy a menudo y no tenía dinero para medicamentos ni para el médico. Todo el tiempo sentía dolor de estómago y no podía comer. John estaba conmigo, pero él no podía hacer nada. Sabíamos que no podía volver al hospital de urgencias porque por los embarazos exigían dinero y papeleo. La niña, que nació en Navidad, fue prematura: tuvo que estar en una unidad de cuidados especiales. Después de cinco días murió en el hospital. Me dijeron que debía pagar por el tratamiento dado al bebé. Como no tenía dinero, amenazaron con llamar a la policía. Afortunadamente, en ese momento John había entrado en contacto con una asociación marroquí de derechos humanos y una mujer se acercó al hospital para tratar con ellos. Su presencia fue útil. Finalmente la Iglesia anglicana pagó la factura.

La vida continuaba. Dios me dio otra niña a principios de 2008. En ese momento Médicos sin Fronteras estaba ya aquí en Casablanca, por lo que siguieron mi embarazo. Pero de nuevo no tuve suerte: durante el parto en el hospital, el médico hizo algo mal y mi niña quedó paralizada desde el cuello hasta abajo. Era deprimente, pero yo quería luchar por ella. Médicos sin Fronteras me ayudó al principio: mi niña necesitaba fisioterapia para recuperar alguna posibilidad de movimiento. Era una niña guapa, pero no podía moverse. Me dediqué a ella. Canté con ella. Bailé con ella. Yo era sus movimientos. Después de unos pocos meses Médicos Sin Fronteras me dijo que no había esperanza para su recuperación y que no podía seguir pagando la fisioterapia. Por suerte oí hablar del proyecto SAM y estuvieron de acuerdo en cuidar a mi bebé. Pero... otra vez mi suerte... un día la niña se puso muy enferma y murió, a la edad de once meses. El padre José y nuestro pastor celebraron el funeral en la Iglesia que acoge al SAM.

Encontrar al SAM fue un regalo de Dios para nosotros: en nuestras oraciones en la Iglesia siempre pedimos a Dios que nos ayude, que nos dé nuestro pan de cada día, y SAM es la respuesta a esa oración. Muchas chicas han encontrado una gran ayuda aquí en el SAM: sufrimos sin trabajo, sin papeles... Aquí podemos aprender lenguas extranjeras, encontramos un poco de dinero para aliviar nuestro sufrimiento, y tenemos algo que comer cuando no tenemos nada en casa... SAM debería continuar en el futuro porque muchas mujeres tienen la misma vida que he vivido aquí, y vendrán muchas más. Cuando venimos al SAM le decimos a todos que estamos yendo a la escuela y eso nos hace sentir orgullosas de nosotras mismas. Con el SAM he encontrado la estabilidad que necesitaba en mi vida. Y lo mejor de mi tiempo en el SAM es que justo el año pasado quedé nuevamente embarazada y di a luz a un niño maravilloso en enero de 2010. Es un chico grande. Está sano. Es mi hijo... y todo ¡gracias al SAM y a mi comunidad anglicana que generosamente ayudaron en el embarazo y el parto!

Pensando en mi futuro... Ruego a Dios que me mantenga como una buena cristiana, para mantenerme viva, para tener esa vida de familia que nunca tuve. Europa ya no es parte de mi futuro: tal vez un día yo iré allí para visitar a mi querido padre José, o para visitar su país. Ahora quiero ganar suficiente dinero para regresar a casa y comenzar a hacer negocios: sé que puedo ir tan lejos como Dubai y vender mis mercancías y hacer buenas ganancias. Ahora he empezado una nueva vida aquí en Casablanca con SAM y quiero conservarla. Ya no soy una mujer joven: voy a usar la sabiduría de mi edad para construir mi futuro... Si esa es la voluntad de Dios.

2. «SÓLO QUIERO DEJAR DE CORRER»

Me llamo Brigitte E. Soy de Edo State, Nigeria. Nací en 1980. Vengo de un pueblecito cerca de la ciudad de Benin. Mi padre es un hombre de negocios y maestro en el pueblo. Con estos trabajos uno puede llegar a pensar que teníamos un montón de dinero, no es el caso: como sucede con la mayoría de los maestros en Nigeria, los salarios son bajos y tardan mucho en llegar. Tengo seis hermanos y dos hermanas. Soy la mayor de la familia. Fui a la escuela primaria hasta los doce años y luego empecé a trabajar vendiendo productos en el mercado. A la edad de catorce años decidí cambiar de vida. Yo quería ir a la gran ciudad y continuar mi educación secundaria. Tenía una tía allí pero, después de dos años de estudio, me encontré dedicada a la venta de tomates en el mercado: mi tía dijo que mi padre no tenía dinero para pagar mi escuela. Me llevó dos años más de trabajo en Benin el llegar a convencer a mi padre de que necesitaba terminar mi escuela secundaria. Dijo que haría todo lo posible. Tenía dieciocho años. Pero cumplió su promesa, así que fui capaz de terminar mi formación... aunque me costó cuatro años más: como el dinero no llegaba con regularidad, tenía que parar de vez en cuando y trabajar en el mercado.

Mi tiempo en la ciudad no fue tan malo pero yo sabía que había otros lugares mucho mejores: tengo una prima en Italia, mayor que yo, y estábamos en contacto por correo electrónico y me contó acerca de la situación en ese país. Un compañero de clase y yo decidimos que debíamos intentarlo. Hablé con mi novio. Él no estaba de acuerdo con mi propuesta, pero aunque yo lo amaba, también sabía que se necesita un poco de dinero para formar una familia, así que decidí conseguir el dinero primero y casarme más tarde. Sabía que a mis padres tampoco les gustaría la idea así que no dije nada en casa.

10

Con el dinero de mi amiga nos fuimos de Nigeria en marzo de 2003. Desde la ciudad de Benin pasamos a Cotonou, luego hacia Malí, Gao, y Adra en Níger y luego de Adra a Gardhaia y, finalmente, Oujda, en Marruecos. No entramos en la región de Maghnia por los bandidos que operaban allí. Al principio tan sólo éramos dos, pero al final el grupo que llegó a Oujda fue de diecisiete (nueve mujeres y ocho hombres). Viajamos en autobús y en coche. A veces teníamos que caminar cinco o seis horas en el desierto (una vez para cruzar la frontera con Argelia en el sur y otra vez para cruzar la frontera de Argelia con Marruecos). En conjunto, tardamos cinco meses: un largo, largo viaje. Vivíamos siempre en plena naturaleza: comíamos el pan y las sardinas que nuestros contactos árabes nos traían. No podíamos entrar en las ciudades y vivíamos como los animales. Pero gracias a Dios tuvimos suerte porque nuestros guías eran buenos y no nos perdieron en el camino. He escuchado historias de otros emigrantes que se perdieron en el desierto y tuvieron que beber su orina para sobrevivir. Es un viaje largo y peligroso.

Cuando tienes dinero, viajar es fácil... pero cuando se termina el dinero, entonces empiezas a tener problemas. Esa era nuestra situación al final del primer mes: el dinero se acabó y tuvimos que encontrar otra manera de seguir adelante. No teníamos otra opción: cada una de nosotras encontró un «novio» que nos podría ayudar. No éramos las únicas en hacerlo. Y no podíamos esperar ningún dinero del exterior.

Una vez en Oujda, sólo pasamos una semana en el recinto de la Universidad y finalmente llegamos a nuestro destino: Tánger (en el norte de Marruecos). Pasamos seis meses allí y otra vez la misma historia: al principio teníamos algo de dinero, pero finalmente tuvimos que encontrar otro «novio». Es triste. En ese tiempo estar fuera de la habitación era bastante peligroso, así que pasamos seis meses sin hacer nada. Sólo los hombres podían salir y tratar de encontrar comida para nosotras. Mi amiga estaba en un apartamento diferente al mío y no tuvo tanta

suerte como yo: los marroquíes dijeron a la policía que había demasiados inmigrantes en su piso y la policía los deportó a todos: parece ser que Nigeria envió algunos aviones en ese momento con el fin de deportar a todo el mundo. Al final de esos meses yo estaba tan harta que decidí venirme a Casablanca.

Las cosas en Casablanca no eran mejores: encerrada en una habitación la mayor parte del tiempo, viendo la televisión y sin hacer nada, esperando una oportunidad para cruzar a Europa. Después de muchos meses, mi novio y yo reunimos dinero suficiente para tratar de llegar a Europa: unos amigos nuestros en Europa nos enviaron el dinero (5000 €). Eso fue en diciembre de 2004. El plan era cruzar en el maletero de un coche: yo iba a intentarlo primero y después me seguiría él. Pero no tuve suerte: justo en nuestro camino a Ceuta fuimos detenidos por la policía marroquí y me pasé una semana en la estación de policía de Tetuán. Esa fue una mala experiencia: los policías no nos dieron suficiente comida y nos golpearon cuando gritábamos pidiendo más. Era un lugar sucio. Después de una semana nos deportaron a Oujda: fuimos puestos en libertad en la frontera argelina durante la noche y, después de algunas horas de caminata, llegamos de vuelta a Oujda a pie. Mi novio me pagó el billete de tren y volví a Casablanca con él. No había más dinero, así que nos tuvimos que decir adiós. No lo culpo: él tenía el dinero para intentar pasar y yo había perdido mi oportunidad, así que le dije: «vete y sálvate a ti mismo».

Tuve que empezar de nuevo sin nada. Una vez más tuve que encontrar un «novio» y esta vez fue bueno: me encontré con un liberiano, ¡que me dio más libertad que los nigerianos! Desde que lo encontré, ¡pude ir libremente a la iglesia! Soy anglicana y creo que Dios me puede ayudar, así que soy feliz de ir a la iglesia todos los domingos. Con mi nueva libertad, ocurrieron otras cosas. Yo tenía veintiséis años y me sentía bloqueada en Marruecos, así que decidí ser madre. Mi nuevo novio también quería tener un hijo... ¡y así llegó Mercy! Eso fue en 2006. Pero las cosas salieron mal, una vez más: en los meses después del nacimiento de nuestra hija, él empezó a ir a discotecas y a portarse mal. Empezó a ser duro conmigo y en ocasiones me golpeaba. Tuve que dejarlo. Así que cogí a mi bebé y dejé el apartamento.

11

Esta vez he aprendido la lección: no más novios. Es mejor salir a mendigar en las calles o hacer otra cosa, pero por mi cuenta. Encontré un amigo que nos ofreció un refugio para algunos meses, y mientras tanto, afortunadamente, he encontrado el proyecto SAM. Ahora mismo estoy haciendo un poco de comercio en la medina, con el dinero que me dio SAM (a través del programa de micro-proyectos). Vendo pelo artificial y otros productos de belleza. Vengo al SAM para el francés y las clases de informática. Es agradable.

¿Qué estoy haciendo aquí? Bueno, esperar. El venado del 2009 tuve la oportunidad de enviar a mi bebé a Italia, con mi prima: ella vino aquí y se llevó al bebé con ella, como si fuese su propia hija. Así que... ¡ahora estoy sola otra vez! Mi prima me prometió tratar de encontrar algo de dinero para mí. Ya he comprado un pasaporte falso con mi propio dinero, pero tengo que esperar porque no tengo dinero suficiente para un visado y para el billete del viaje. Necesito 3500 €. Los voy a encontrar.

¿Mi futuro? Bueno... Ruego a Dios que Él me encuentre un buen marido, para convertirme en una mujer respetada, tener una vida más estable y educar a mis hijos. Pero si Dios me pide que me quede aquí en Marruecos me resignaré. Sólo quiero establecerme en cualquier parte del mundo. Sólo quiero dejar de correr. Con todo, sólo hay una dirección para mí: no puedo ir hacia atrás, a Nigeria... ¡mi hija ya está en Italia!

3. «MI CUERPO ESTÁ LLENO DE HERIDAS»

Me llamo Flory S. Nací en Costa de Marfil, en 1980. Mi padre se casó con cinco mujeres, pero no éramos muchos en la familia: sólo doce niños y dos de ellos murieron muy jóvenes. Vivíamos en una ciudad bastante grande, a un día de camino de Abidján, la capital. Mi padre era jugador de fútbol, pero acabó por convertirse en vigilante nocturno en una fábrica.

De niña fui a la escuela primaria. Me gustaba estar con mis amigas, saltar y jugar con el hula hoop. Recuerdo salir a bailar con ellas cuando llegaban a las aldeas los grupos musicales para las fiestas. Yo tenía siete años cuando mi madre se divorció de mi padre y yo me quedé con mi padre y una tía durante dos años. Añoraba mucho a mi madre así que de vez en cuando me iba a buscarla al mercado, donde vendía carne. Un día, envió por fin a alguien para «secuestrarme» de la escuela. Sin duda fue genial estar con mi madre, pero por otra parte, dejé de ir a la escuela. Empecé a ir al mercado con mi madre a vender bolsas de plástico.

A la edad de diez años, empecé a trabajar con una mujer que compraba ovejas, las descuartizaba y después yo vendía las chuletas. Tenía que llevar grandes cajas de carne, y no tenía fuerzas. Después de un corto período de tiempo, me agoté: me dolía mucho la espalda y otras partes de mi cuerpo, así que la mujer me envió de vuelta con mi madre. Lo recuerdo bien: era un viernes y mi madre me llevó al hospital porque pensaba que me iba a morir. Cambié: me hice vendedora de comida preparada para los pasajeros que llegaban a la gran estación de autobuses de la ciudad.

12

A la edad de catorce años tuve un mal encuentro con un hombre que me violó cuando volvía a casa de estar con una amiga. Estaba oscuro y nadie vino a ayudarme. Me daba vergüenza, así que no dije nada durante meses. Me quedé embarazada. De esa noche de tortura nació un niño, el único hijo que tengo ahora. Mis padres no aceptaron mi explicación y pensaban que era por mi culpa, así que mi embarazo no fue fácil. La vida de las jóvenes africanas es difícil porque siempre se te culpa de toda tu mala suerte.

Cuando mi hijo hizo dos años, decidí salir del país para ir a Nigeria y me quedé allí unos tres años. Comencé a trabajar en un hotel, lavando la ropa y haciendo la limpieza de las habitaciones, pero no ganaba suficiente para mantenerme con vida: tenía que enviar dinero a casa para mi hijo, vivir el día a día, así como también pensar en el futuro. Un día, en mi desesperación, una amiga me sugirió que saliésemos a la calle a buscar hombres. Y esto es lo que hice: encontrar hombres, ir a bailar en los clubes y acostarme con ellos. No me siento bien y me avergüenzo de ello. Mi cuerpo lleva las heridas de aquella época: una vez hasta fui al hospital porque un hombre me atacó y me hirió en la cara. Es una vida dura.

En 1999 ya estaba cansada y quería salir de Nigeria. Regresé a Costa de Marfil y me convertí en bailarina folklórica de una compañía que iba a los pueblos los días de fiesta. De esta forma, gané un poco de dinero para enviar a mi familia. En 2002 el país estaba en guerra. Quería llegar hasta mi pueblo con un grupo de amigos, pero los caminos estaban bloqueados, y nos vimos obligados a permanecer en Abidján. Me enteré de que mi pueblo había sido destruido por la guerrilla y que mi familia se había trasladado a Ghana, donde se encontraban repartidos en diferentes campos de refugiados. Había oído también que algunos de mis hermanos habían muerto. No podía quedarme en Abidján, así que desde allí huí del país con muchos otros. Fuimos a través de Ghana, y luego a Malí, Argelia y finalmente Marruecos. El viaje fue bastante bueno en comparación con el de otros, que murieron en la carretera. No tuvimos ningún problema con la policía. Éramos siete mujeres y tres hombres, de Congo y Costa de Marfil. Nuestro objetivo era llegar a Marruecos, un país civilizado, y encontrar un trabajo. Nos quedamos un corto tiempo en Oujda y luego tomé el tren a Casablanca. El viaje había sido largo

y estaba muy cansada y débil. Tuve un ataque muy fuerte de malaria y me quedé en el hospital ¡durante dos meses! Cuidaron muy bien de mí. Yo estaba realmente enferma, pero había conocido a un camerunés en Oujda, que vino a verme y me ayudó mucho. Una vez fuera del hospital, me quedé viviendo con este amigo camerunés, pero no pasábamos mucho tiempo juntos. Durante ese tiempo ocurrió algo sorprendente: me encontré con una de las chicas que había conocido en Nigeria, de cuando trabajábamos en la prostitución. Estaba en Marruecos tratando de cruzar a Europa. Nos quedamos juntas un tiempo, pero ella muy pronto se fue a España. Sé que está muy bien ahí, pero poco tiempo después cortó todo contacto conmigo y la verdad es que no he recibido ninguna ayuda de ella.

Así que tuve que mirar por mí misma. Durante tres años compartí una habitación con una chica nigeriana y su esposo. Fue con ella que pedí a ACNUR² una tarjeta de refugiado. Fuimos aceptadas como refugiadas y eso fue bueno... en realidad, muy bueno para ella: en 2005, después de todos los líos y grandes problemas en la frontera con España, se fue a Suiza con su marido y su hijo, gracias a la asistencia de ACNUR. Había sido deportada por los marroquíes a Mauritania y ACNUR se encargó de socorrerla, con su hijo y su marido. ACNUR arregló todo y así encontraron su libertad en Europa. Yo, en cambio, sigo en Marruecos, con una inservible condición de refugiada. ¡Lástima!

Durante esos tres años trabajé como empleada doméstica para las familias blancas que vienen a Casablanca por unos meses y también para los marroquíes que les traía sin cuidado que las negras como yo limpiasen sus casas. En ese momento yo estaba con un liberiano que me habló de matrimonio, pero no funcionó. Después de dejarme, caí de nuevo en la prostitución: aquí, en Marruecos, hay muchos blancos que vienen por unos días y que pagan mucho más que los negros. Por cierto, él «mi» hombre liberiano, se encuentra ahora también en Europa: después de los ataques del 2005 a las fronteras de Marruecos, ACNUR lo llevó allí.

13

Después de que todos se fueron, tuve que buscarme la vida. A principios de 2006, tuve que irme de donde vivía y encontrar una nueva habitación. La única zona con habitaciones baratas era una zona donde nadie quería vivir, sólo los ladrones de Marruecos y sus familias. Pero no tenía otra opción. En ese momento me decidí a iniciar un negocio: un «bar para los negros». Un marroquí me dio un crédito, compré cerveza y una nevera, y empecé a ganar dinero. La idea estaba bien, pero el barrio no era seguro: los ladrones lograron entrar en mi habitación y me robaron una bolsa con todos mis ahorros. Otro día en la calle, los ladrones me quisieron arrebatar el bolso. Lloré y grité con fuerza y traté de aferrarme a mi dinero, pero me hicieron cortes con un cuchillo grande y tuve que soltar todo. Ese día corrí al hospital como una loca. Después de todo esto, sabía que tenía que mudarme a otro barrio. Continué mi negocio de venta de alcohol, pero tampoco tuve suerte: el propietario de la segunda vivienda se sorprendió al ver a tanta gente entrar y salir del apartamento, por lo que finalmente me tuve que ir también. En la ley islámica, el alcohol está prohibido. Ahora estoy en un tercer apartamento. Como no tengo trabajo, he seguido vendiendo alcohol. Eso es lo que hago: Vendo cervezas, así como alimentos africanos de Senegal y Nigeria... ¡es mi pequeño restaurante para negros!

Volvamos atrás: en diciembre de 2006 comencé una nueva relación con un hombre guineano. Él era bueno y se vino a vivir conmigo: estábamos enamorados. Tenía veintiséis años y pensé que esta vez había acertado. Estuvimos juntos un año, pero a finales de 2007 entró en prisión aquí en Casablanca. Teníamos que ganar dinero para vivir... y estuvo involucrado en casos de documentación falsa. Un día fue denunciado por un colega hostil y tuvo que entrar en la cárcel.

Una vez más, estaba completamente sola. Encontré un hombre de Gabón, y también prometió que me sacaría de mi angustia, promesas de casarse, de volver a casa... siempre las mismas promesas. Yo decidí seguir con mi amigo de la cárcel: un día saldría y había prometido casarse conmigo. Tuve que esperar. Pero me quedé atrapada de nuevo... y esta vez iba en serio.

Fue el 16 de enero de 2008. Fui a Rabat para renovar mi tarjeta de refugiada. En el camino de vuelta a Casablanca conocí a cuatro hombres, dos de Nigeria y dos

2. Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados

de Ghana. No los conocía pero fueron educados y me dijeron que me llevaban a Casablanca con ellos en coche. Estaban esperando a que llegaran dos hombres más que venían de Oujda. Eran las cinco de la tarde. Estábamos tomando un café cuando vi a los dos «amigos» de Oujda que llegaban con la policía marroquí. La policía nos detuvo a todos y nos metieron en la cárcel. Pasé seis meses en la celda por nada. A ellos se les acusó de hacer «negocios ilícitos» y yo tuve la suerte de tener mis papeles de refugiada. Los de ACNUR, cuando tuvieron noticia de mi detención, me vinieron a buscar.

Me soltaron en julio de 2008 y volví a Casablanca. Mi novio de Guinea ya estaba allí: había salido de la cárcel antes que yo. Había comenzado otro negocio que era un poco más seguro: la venta de alimentos tradicionales africanos. Su familia le enviaba los productos y él hacía de intermediario con otras mujeres inmigrantes que lo vendían en el mercado de los negros. Yo creía que por entonces ya estábamos comprometidos en nuestra relación, pero poco a poco me di cuenta de que no era sincero conmigo, buscaba otras mujeres para tener relaciones con ellas. Traté de mantenerlo conmigo, pero su comportamiento había cambiado. Lloré mucho. Un día se fue con todo su equipaje. Algún tiempo después me enteré de que había regresado a Guinea. Me sentí traicionada. Creo sinceramente que él me gustaba. Mi vida... sola en Marruecos. Tan simple como esto... nada.

Cuando encontré el proyecto SAM, sentí que podía relajarme un poco. Aquí pude encontrar apoyo con la alimentación gratuita, la ayuda para el comercio... pero sobre todo y más importante, ¡estoy aprendiendo a escribir! Hoy soy feliz y espero en Dios que mi mala suerte se esté ya acabando. Incluso encontré en el SAM un asesoramiento y buenos consejos para mi vida: ahora estoy en una nueva relación con otro hombre y en el SAM puedo encontrar orientación también en esto. Tengo grandes esperanzas en este año 2010: quiero empezar de cero. Y estoy segura de que SAM me va a ayudar, ¡esta vez en serio!

14

¿Mi futuro? Todavía creo que será bueno. Rezo para que se cumpla mi sueño de casarme, tener hijos, tener un trabajo... Quiero asumir la responsabilidad de mi vida. Yo no elegí ir a Europa. Tan sólo quiero vivir mi vida sea donde sea.. Tengo un niño de dieciséis años en el país y tengo que ayudar a mi familia. Dios conoce mi futuro. Quiero creer que estoy en sus manos.

4. «HE LLORADO TANTAS VECES»

Me llamo Cynthia. Nací en 1982 en Nigeria, Edo State. Nací en una familia pequeña y no tenemos parientes cercanos. Vivíamos en una gran ciudad, Benin. Tengo seis hermanas y dos hermanos... así que, con el paso del tiempo mis padres construyeron una familia más grande... pero seguimos viviendo en la misma habitación de alquiler. La cocina y el baño están en el patio trasero. No es un lugar donde vivir, ¡de verdad!

Fui a la escuela hasta que tuve seis años y luego comencé a trabajar en el campo con mi padre. Uno de mis hermanos solía venir con nosotros. Recuerdo que me gustaba jugar en la calle con mis amigas, cantar y bailar. Solía ir también al coro de los niños en la iglesia hasta que tuve trece años de edad. En ese momento yo estaba en un grupo cultural en el cual solíamos cantar y bailar canciones tradicionales de Nigeria, y con eso ganábamos un poco de dinero. Fue muy divertido. A lo largo de esos años no tenía mucho tiempo para ir a la escuela y no me gustaba leer libros. Solía ir al campo y después ir por las calles o los mercados vendiendo nuestros productos. A la edad de diecinueve años decidí que tenía que hacer algo diferente: pensé en aprender peluquería y trabajar en un salón. Pero después de dos meses de aprendizaje, vi que no podía hacer frente a la formación y decidí volver al mercado.

Un día alguien vino a nuestra casa a visitarnos: un hombre que vivía en la misma calle nos dijo que su esposa estaba buscando chicas que quisieran ir a España a trabajar. La única condición era el pago de 40.000 €. Mi madre no quería dejarme ir porque sabía que mucha gente había muerto en el viaje y tal vez temía que yo no iba a volver. Todos sabíamos que la prostitución no es un «buen» trabajo, pero la situación no era buena. En esa época yo tenía un novio al que amaba, y a él tampoco le gustaba la idea. Pero al final acepté: «Dios me ayudará», pensé, y si mi sacrificio era necesario, mejor hacerlo temprano que más tarde. Finalmente mi madre aceptó, con la condición de encontrar un vuelo directo.

15

Un día en la primavera de 2003 fui a visitar a una mujer, no muy lejos de nuestra casa. Estaba contratando chicas para su hija, que tenía un local en España. Fue una experiencia extraña: me dijo que yo tenía que seguir un ritual mágico. Así que llamó a la «hechicera» y me hicieron comer cosas raras y beber vino con no sé qué mezcla en ella. Tenía que bañarme en un agua hedionda y llevar ropa blanca. Luego estaba el juramento que una vez en España me comprometía a pagar mi deuda. No tuve miedo... lo cuál era extraño porque soy cristiana, aunque en ese momento no era muy practicante. Es aquí, en Marruecos, cuando empecé a ir a mi iglesia regularmente. ¡Ahora rezo mucho!

Pasé dos semanas con esa mujer. Éramos cuatro chicas. Un día un hombre vino a buscarnos y me explicó el plan para nuestro viaje: seguiríamos el río... y en dos semanas estaríamos en Marruecos y, a continuación, tan sólo un corto vuelo a España. Esto fue a principios del verano de 2003 y me pareció fácil, pero en realidad pasamos más de un mes detenidos en Gao, Malí. La razón por la que no podíamos viajar era un accidente reciente: un jeep con muchos inmigrantes habían sido declarados extraviados en el desierto y todos los pasajeros habían desaparecido. Tuvimos que esperar una mejor oportunidad. Por fin, un día salimos de Gao hacia Agadez (Níger) y de allí hacia Ghardaia (Argelia). Nueve días cruzando el desierto. Éramos una caravana de siete jeeps. Fue un poco aterrador. ¡Demasiado desierto! ¡Incluso tuvimos que pasar por una tormenta de arena! Tuvimos que escondernos mientras esperábamos a que el viento cesara. Finalmente, llegamos a Ghardaia, a continuación, hacia Orán y llegamos a la frontera marroquí, sin pasar por Maghnia porque era peligroso. En ese momento éramos un grupo bastante grande –casi sesenta inmigrantes.

En Oujda (Marruecos) ya había alguien esperándonos con un bus y continuamos nuestro viaje a Rabat. ¡Pero no fue fácil! Cuando el conductor sospechaba que había un control policial en la carretera, nos obligaba a bajar y caminar por los arbustos, a veces dos horas de marcha en paralelo a la carretera, y luego de vuelta al autobús una vez pasado el control. ¡Por lo menos seis veces tuvimos que hacer eso! Pero finalmente llegamos a Rabat y al día siguiente a nuestro destino final: Casablanca. ¡Más de tres meses el viaje! ¡Y mi madre quería que yo tomara el vuelo directo a España!

Septiembre de 2003, yo estaba en Casablanca conviviendo con otras mujeres, a la espera de un pasaje. Estábamos en un apartamento, los hombres y las mujeres en habitaciones separadas. Los meses pasaban muy lentamente y sin ningún cambio en nuestra situación... así que, finalmente, las personas que nos habían enviado de Nigeria decidieron no pagar más por nuestra manutención: si quería tener algo estaba obligada a empezar a «trabajar». Pero entonces, después de algunas semanas, me di cuenta de que estaba embarazada. ¿Qué podía hacer? Si mi «jefe» sabía que estaba embarazada, me iba a golpear: no les gustan las chicas que quedan embarazadas. Estábamos encerradas en nuestra habitación, no había manera de ir a un hospital. Tomé pastillas y bebí otras drogas tratando de abortar, pero el bebé se mantuvo firme. ¡No quería que le dejase! Así que... finalmente acepté mi destino, y el jefe accedió a enviarme a Europa para el parto. Desde Casablanca fui a El Aaiún, otra vez en el desierto. Ese fue mi primer intento de cruzar a Europa, y no llegamos demasiado lejos: estábamos esperando cerca de la orilla del mar cuando llegaron los marroquíes y nos deportaron a Oujda. Desde Oujda encontré mi camino de vuelta a Rabat y, finalmente, en agosto de 2004 di a luz a mi bebé en el Hospital Soussi, sin ningún problema.

Dos meses más tarde, alguien me pidió que volviese a intentarlo. Volvimos a Agadir. Pero una vez más, no era mi momento: era noche oscura y que estábamos escondidos en un camión grande, casi sesenta y cinco emigrantes, y bajando hacia el Aaiún la policía detuvo el camión. Mi bebé empezó a llorar y no podía detenerlo. La policía le preguntó qué tipo de productos llevaba el camión y cuando enfocaron sus linternas hacia el interior del camión, vieron un montón de caras negras mirándoles fijamente. Bueno... ¡de vuelta a Oujda! Seis veces he intentado la misma ruta en los últimos cinco años... ¡y siempre me encontré de nuevo en Oujda! No es una experiencia «agradable»: por lo general la policía se llevaba las pocas cosas que teníamos, aunque tengo que decir que siempre he sido afortunada porque nunca me sucedió nada malo.

En 2006 tuve que dejar a mi hijo: el «jefe» dijo que había una oportunidad de llegar a Europa, pero sólo para mí, no para mi bebé. La misma gente que nos guiaba a Marruecos hacía el viaje de regreso a Nigeria, por lo que accedí a enviar a mi bebé con ellos. Mi madre me llamó unas semanas más tarde diciendo que mi bebé estaba bien con ella. Ahora ya está en la escuela primaria. Tengo una foto de él; siempre la tengo conmigo.

Después de eso fui a Tánger, pero el tiempo pasaba sin ningún cambio. Volví a Casablanca y lo mismo. Una vez más, me quedé embarazada. El hombre no quería ninguna responsabilidad o tomar el niño a su cuidado... así que una vez más a buscar el aborto... Pero esta vez (era marzo de 2007) las personas que me estaban «ayudando» con el aborto casi me matan. Me dieron medicamentos en exceso e inyecciones durante un período de tan sólo veinticuatro horas. Otra vez, el bebé estaba muy apegado a mí y no quería dejarme... Me sentía realmente enferma. Por la gracia de Dios terminé en un hospital en Casablanca. Los médicos marroquíes se ocuparon de mí a lo largo de más de una semana, con transfusiones de sangre y otros cuidados médicos. Estuve a punto de morir... pero al final tuve a mi segundo bebé, una niña. ¿No es una locura?

Después de pasar todo este tiempo en Marruecos, sin llegar a España, mi trato con el primer grupo de traficantes había terminado: no habían mantenido su promesa, así que no tenía que pagar nada. Tuve que encontrar otro camino por mi cuenta. Por suerte, encontré a alguien que me pudo enviar el dinero para cruzar a Almería (España) con mi hija. El «trato» era más barato que el primero: sólo

12.000 € a pagar a la llegada a España. Era mayo de 2009, cuando fui a Oujda y a continuación a Nador, estaba lista para tomar el barco. Habíamos esperado tres semanas y finalmente recibimos la llamada de acercarnos a la orilla del mar. Hacía frío y era de noche. Tomamos la lancha zódiac: éramos setenta y uno... de Nigeria, Senegal, Malí, Ghana... ¡toda África! Sólo seis de nosotras éramos mujeres.

Salimos de la orilla, pero después de veinte minutos, el motor se hundió en el mar. Los hombres trataron de rescatarlo y finalmente lo trajeron de vuelta a la zódiac. trataron de arreglarlo y ajustarlo un poco mejor, pero el motor seguía cayendo... esto nos ocurrió ¡por lo menos cinco veces!

Continuamos nuestro viaje, pero la situación no era buena. El agua estaba entrando en el barco. Empezamos a llorar y a rezar a Dios que no nos dejase morir. Finalmente, vino una patrullera de la policía marroquí y nos enfocaron con sus linternas. Nos pidieron que apagásemos el motor y así lo hicimos. Luego vino un segundo barco y nos pidieron subir a bordo. Tiraron una cuerda para que subiéramos, pero les dijimos que una escalera sería mejor. Lo aceptaron. Los marroquíes tomaron primero a mi bebé y luego salté yo tan rápido como pude. Después de un corto viaje de vuelta a Nador, estaba una vez más en Oujda y de allí volví a Casablanca en tren: la gente que me había enviado a Nador pagó por el transporte de regreso a mi habitación en Casablanca. Estaba viva, pero había perdido mi segundo «contrato», porque ya le dije a la gente en España que yo no aceptaría de ningún modo intentarlo de nuevo en barco: demasiado peligroso. ¡De ninguna manera!

Así que, una vez de vuelta a Casablanca, no podía hacer nada sino mendigar en la calle con mi bebé en la espalda: la prostitución como trabajo ya había concluido para mí. En julio de 2009 mi decisión estaba tomada: me iba de vuelta a mi país, pero primero tenía que hacer algo de dinero.

Un amigo me dijo que debía enviar a mi hija a la escuela y me dijo que el proyecto SAM estaba ayudando a gente como yo. Cuando llegué allí, reconocí al sacerdote que había encontrado una vez en 2007, cuando mi hija tenía sólo algunas semanas de edad. En ese momento él estaba haciendo una encuesta a los inmigrantes en Casablanca sobre lo que se podía hacer por nosotros, para ayudarnos, y él dijo que iba a hacer algo, pero yo no sabía que en realidad había comenzado un proyecto. Dios me ayudó enviándome de nuevo a él.

Y aquí estoy en el SAM, aprendiendo a usar los ordenadores, a coser y mi hija puede quedarse conmigo en el jardín de infancia. Tengo que decir que ahora me siento feliz: todos estos años he llorado tantas veces, pero ahora ya sé que no iré a Europa. Si un día voy a Europa será con mi propio dinero, con mi propio hombre, con mis hijos. Si Dios me ayuda, me voy a mi casa a trabajar duro y construir mi propia familia. Quiero tener tres hijos.

Yo soy la única de los míos que fue elegida para ir a Europa. Mi familia está todavía en Nigeria, aunque mi padre murió en 2006. Uno de mis hermanos trabaja en un banco. Algunas de mis hermanas están casadas. Yo estoy aquí... sin trabajo, con dos hijos, pero sin marido. ¿Qué clase de vida es ésta?

5. «NO PUEDO QUEDARME AQUÍ PARA SIEMPRE»

Me llamo Franca G. Nací en Nigeria, Edo State, en 1978. Soy la mayor de tres chicos y seis chicas. Mi padre era un agricultor, de un pueblo pequeño, pero él no era dueño de la tierra que trabajaba así que no ganaba mucho. Fui a la escuela primaria hasta la edad de diez años... pero no sé leer ni escribir: mi tiempo en la escuela era sólo una «parada en el camino» en medio de mis tareas regulares en la casa (limpieza, búsqueda de agua, venta ambulante...). Con el paso de los años, mi padre comenzó a beber y se volvió violento con mi madre. Con esto, los problemas aumentaron: la comida era difícil de conseguir, pagar el alquiler era un problema, y lo mismo pagar la escuela de mis hermanos y hermanas... Como yo era la mayor, tenía que trabajar y ayudar a mi madre. Finalmente, ninguno de mis hermanos y hermanas pudieron continuar yendo a la escuela. Toda nuestra vida se detuvo.

En 1989, una de mis tías llegó a la aldea y le pidió permiso a mi madre para llevarme a la gran ciudad, Benin. Al principio el trato era que yo la ayudaba en la casa y ella me enviaba a la escuela, a continuar mi educación. En seguida me mostré de acuerdo, puesto que estaba encantada de salir de la casa de mi padre y además pensaba que iba a ir a la escuela. Sin embargo, una vez en Benin, mi tía me mandó a vender botellas de agua: esa fue mi escuela durante dos años, tiempo en que aprendí cómo hacer negocios y cómo vender el alimento que mi tía cocinaba en su pequeña tienda. También aprendí a guardar silencio si quería mantenerme viva: mi tía tenía un carácter muy malo y me pegaban bastante a menudo. Tenía catorce años cuando decidí huir a Lagos: me encontré con un joven que se ofreció a ir conmigo y, juntos, tratar de encontrar un trabajo. Pero no había trabajo para mí... y a mis quince años recibí otra oferta: la prostitución.

18

Pasé dos años de trabajo para una «señora». Pero ese trabajo no era una solución: muy poco dinero para mí y una vida muy dura, la mayor parte del tiempo. Después de eso decidí huir de nuevo y volver a mi casa, a mi pequeño pueblo. Por supuesto, no le dije nada a mi madre sobre mi trabajo anterior. Sólo sabía que estaba trabajando en Lagos. Me llevó unos días convencer a mi madre que podía cocinar y vender las mercancías como lo había hecho con mi tía. Al principio fue difícil, pero había aprendido bien mis lecciones en casa de mi tía. Durante la semana vendía con mi madre y el fin de semana iba a trabajar al campo. ¡Mi tiempo en la escuela había terminado!

Esos años, después del trabajo, yo solía pasar el tiempo libre con mis amigas: sólo jugar y hablar. Alguien vino a la aldea a buscar a una de mis amigas y se fue a Europa. Empezamos a preguntarnos por qué habíamos de permanecer en la aldea, sin ninguna posibilidad de mejorar. Yo tenía veintiún años. Le dije a mi madre que quería viajar y buscar otro lugar donde vivir. Le dije que si yo podía ganar dinero, mis hermanos podrían ir a la escuela. Ella aceptó y nos pusimos en contacto con una mujer que aseguró que me traería a Europa a trabajar como peluquera. Esa era mi oportunidad. Dios sabe que el acuerdo con esa mujer no estaba relacionado con la prostitución: ella no sabía que yo ya había estado en esa profesión antes. Estaba convencida de que realmente iba a aprender la profesión y trabajar en un salón de peluquería. ¡Mi escuela se iniciaría en Europa!

Mi «jefa» me prometió que tomaría un vuelo directo de Lagos a Europa, pero la verdad es que me encontré en la carretera dirección a Malí. Primero Cotonou, Niamey y Gao. Una vez allí, perdí ocho meses en el ghetto de Gao, sin hacer nada. Eso fue a finales de 2003. Nos quedamos ocho largos y pesados meses, sin posibilidad de salir. Éramos diez chicas y dos varones, viviendo en una gran sala. Nuestro «hombre de contacto» nos traía el alimento que teníamos que cocinar. A veces jugábamos a las cartas, a veces nos reíamos y otras veces llorábamos nuestra suerte, pero la mayor parte del tiempo dormíamos... en el suelo,

ya que no había colchones. Era una prisión, aunque no gobernada por la policía. Yo tan sólo rezaba para que Dios nos sacase finalmente de Gao.

Un día, mi suerte empezó a cambiar: una mujer llamada Esther vino a nuestra casa preguntando por una peluquera. Como tenía cierta práctica, me tomó bajo su protección. Cada vez que necesitaba una peluquera, me llamaba a mí. Pero un día sucedió algo más: después de tantos meses de sufrimiento... me encontré con un hombre que fue amable conmigo... y que me invitaba a salir de vez en cuando... y claro... me quedé embarazada. Pero eso era un inconveniente para mi futuro, si se enteraba mi «jefa». Así que traté de escapar. Le hablé a Esther sobre mi situación y me dijo que me ayudaría. Ella se puso en contacto con alguien en Europa y una noche, después de pedir permiso para salir de la habitación para comprar el pan, me escapé. Me encontré una vez más en la carretera hacia Europa. Pero las cosas no eran tan fáciles: mi «ex-jefa» me quería de regreso en Gao, y aunque yo ya estaba en Agadez (Níger), comenzaron a perseguirme. Tuve la suerte de conocer a un «hombre de contacto» amable conmigo que les dijo que yo no era la persona que estaban buscando... de tal forma que pude continuar mi viaje libremente.

En dos semanas llegué a Maghnia, en la frontera entre Argelia y Marruecos, y allí tuve que esperar tres meses más. En las afueras de Maghnia había un gran campamento para los migrantes. En ese momento (noviembre de 2004), era un lugar enorme. Aquél no era un buen sitio. Me arrepentí de dejar Gao: ¡esto era aún peor! ¡Estábamos en el infierno! Muchas personas murieron en ese campamento de Maghnia. Los hombres eran los únicos autorizados para ir en busca de comida y agua. Las mujeres tenían que permanecer en el interior, encerradas bajo llave. Dormíamos y comíamos, eso era todo. Las peleas eran comunes y muchos desaparecían en unos lugares que se llamaban «tranquilos». Cuando tenías que ir al baño, había que pedir permiso y alguien iba contigo para asegurarse que no te escapabas. En el campamento de Maghnia nadie era amigo de nadie y hasta la gente que te había acompañado hasta allí te abandonaba con facilidad. Como mujer, he de decir que fue una época difícil para mí. Aprendí a fingirme enferma para mantener alejados a los hombres. Mi embarazo no fue suficiente para protegerme. Algunas chicas fueron golpeadas y heridas con cuchillos cuando trataron de evitar tener relaciones sexuales con los hombres del campamento. No era la primera vez que me encontraba así y estaba acostumbrada a este tipo de situaciones, pero Maghnia era diferente. Siempre habían hombres que huían del campamento, pero si te atrapaban, ¡pobre de ti! ¡Ya estabas muerto! No había manera de salir de esa cárcel para migrantes en la frontera con Marruecos.

19

Un día, mi «jefe» en Europa envió dinero para liberarme de ese infierno, y una noche caminamos hacia Oujda, en Marruecos. Éramos unos treinta en aquel grupo. Pasamos una semana en Oujda, durmiendo en el recinto de la Universidad, y después, una noche, un autobús vino a recoger a todo el grupo. Nos llevó a Rabat. En otoño de 2004 di a luz a mi bebé, una niña, en un hospital de Rabat. No tenía papeles, pero no tuve problemas con las autoridades.

A principios de 2005 estaba lista para superar el último obstáculo que bloqueaba mi entrada en Europa. Pero había algo que no cuadraba: después de este largo viaje hacia Europa, ya sabía que las personas que estaban pagando por mí querían que me metiese en la prostitución, pero esa no era mi idea. Yo había tomado la decisión de que una vez en Europa me escaparía y elegiría mi propia vida: la prostitución no era opción para mí. La gente de Europa organizó el último paso: tenía que ir a Tánger, vivir en el monte con mi bebé y desde allí, coger el barco hacia España.

La vida en el bosque no fue fácil: vivíamos al aire libre, escondiéndonos de la policía, pasando frío y calor. Alguien tenía que ir a Tánger a mendigar en las calles y comprar comida. Cocinábamos en el bosque, tratando de encontrar agua... vivíamos como animales. Pero había cosas positivas: éramos libres de reunirnos cuando queríamos, podíamos caminar por el bosque... Cierto que teníamos que estar siempre alerta y atentos a la llegada de los marroquíes, porque iban a venir seguro a buscarnos y expulsarnos de nuevo a Oujda. En ese bosque perdí a mi bebé: mi niña murió una noche mientras dormía. No sé por qué: no estaba en-

ferma. Esa noche se fue con Dios y me dejó sola. No era justo, pero Dios tiene sus caminos. Está enterrada en el bosque: es un recuerdo permanente de nuestro combate por la vida.

Seguí esperando mi barcaza, pero cada vez que el «hombre de contacto» venía al campamento y nos leía su lista de mujeres «elegidas» yo no estaba nunca en ella. Pasé un año viviendo en el bosque, y ni siquiera una vez mi nombre apareció en la lista. Después de la muerte de mi niña, y justo el día en que debería haber cumplido un año, decidí abandonar el bosque de Tánger y volver al sur, a Casablanca. Ya había esperado demasiado tiempo para nada. Tenía que encontrar otra forma de llegar a Europa.

En invierno del 2006, tomé el autobús hacia Casablanca con otra chica que tenía un poco de dinero. Fue un viaje hacia una nueva vida. Una vez en Casablanca empecé a pedir limosna en las calles: el dinero era difícil de conseguir y yo no podía esperar ninguna ayuda procedente de Europa o Nigeria. Estaba sola. Alquilé una habitación en un piso con mi amiga. Pagábamos 100 € por la habitación. Ese año la situación era todavía difícil, por la vigilancia policial. Así que teníamos que tener cuidado cuando estábamos en las calles y comportarnos correctamente cuando estábamos en la habitación: si los marroquíes se hartaban de nosotros, llamarían a la policía, entrarían fácilmente y nos detendrían a todos. Durante esos años, 2006 y 2007, fui deportada a Oujda en cuatro ocasiones: ¡la policía en Casablanca me conocía bastante bien! Si alguien me quería encontrar, tan sólo tenía que llamar a la policía y ellos le dirían dónde estaba. Cuatro veces en Oujda, y a pie de la frontera con Argelia a Marruecos cada vez. Nunca tuve problemas e incluso alguna vez la policía me dio dinero para comprar un poco de comida: yo siempre rogaba a Dios que me protegiese, ¡y Él siempre me fue fiel!

Recuerdo una vez en Oujda: muchos inmigrantes tomaron el tren de vuelta a Rabat tras ser liberados en la frontera. Yo estaba allí con ellos, pero presentía que no tenía que tomar ese tren. Un hombre estaba conmigo y trató de convencerme para que tomase el tren: «¡Si te quedas aquí tú sola, alguien te puede hacer daño!». Pero yo sabía que tenía que quedarme. Finalmente él se quedó conmigo... y la policía paró el tren ¡y les detuvieron a todos de nuevo! Me sentí como si estuviera protegida y nada pudiese hacerme daño. Todavía lo creo hoy.

20

Una de las cosas bellas de ese tiempo: un día, que estaba pidiendo limosna en las calles de Casablanca, un nigeriano se me acercó a preguntar por mi situación y empezamos a salir. Después de un tiempo decidimos permanecer juntos y ahora estamos seriamente comprometidos.

En la primavera de 2007, yo seguía pidiendo limosna en la calle y con la ayuda de mi marido (que hacía pequeños negocios y obtenía un poco de dinero) tuvimos la oportunidad de intentar de nuevo cruzar a Europa. La barcaza nos esperaba en El Aaiun, camino de Las Palmas. España estaba frente a nosotros. El viaje desde Casablanca hasta el desierto fue muy rápido: en dos semanas ya estábamos listos para tomar el barco... pero nuestra suerte terminó ahí. Sólo tuvimos veinte minutos de gloria: todavía estábamos cerca de la playa cuando vimos una linterna ante nosotros... y supimos que la policía venía a recogernos. Con toda seguridad nos habían traicionado. La mafia tomó el dinero y salió corriendo, enviando antes un mensaje de alerta a la gendarmería. Pero quizá era Dios de nuevo: éramos demasiados en ese barco... seguramente habríamos muerto en el mar.

Fuimos deportados a Oujda y de nuevo volvimos a Casablanca. Después de esa experiencia, decidí que era el momento de volver a ser madre: me estaba haciendo vieja y no sabía si me quedaría por mucho tiempo en Marruecos. A principios de 2008, vino al mundo mi segundo bebé para darnos algo de esperanza. En ese momento yo estaba completamente sola y necesitaba ayuda: unos meses antes, mi marido había estado mendigando en la calle, pero la mala suerte hizo que la policía lo detuviese. Fue inmediatamente deportado a Nigeria en avión: parece que en ese momento existía un acuerdo con el gobierno nigeriano para enviar a todos los nigerianos de vuelta a casa. Fue un momento doloroso. Sin recursos, no pudo emprender su camino de regreso a Marruecos de inmediato. Llegó a Casablanca en noviembre de 2009, casi dos años después. Mientras tanto di a luz a mi niño y con él encontré al Padre José. Eso fue en febrero de 2008: él

estaba en Casablanca, trabajando para el JRS Europa y para ayudar a los migrantes. Me encontró en la calle, donde yo estaba pidiendo con mi bebé a la espalda... y así fue como llegué a tener noticia del SAM.

Aunque el SAM fue una gran ayuda, yo todavía seguía pidiendo limosna en las calles: no podía evitar la mendicidad porque el SAM no estaba dispuesto a pagar el alquiler de mi habitación. Y eso fue una lástima: la policía me pilló un día, aprovechando que no podía correr mucho con mi hijo en mi espalda... y después de una semana en las celdas de la comisaría de policía en Casablanca, me enviaron de nuevo a la frontera con Argelia. Me alegró recibir del SAM algunos pañales y otros bienes para mí y para mi bebé mientras estuvimos en la comisaría. Y tengo que decir que el comisario de policía era un hombre bueno: un día nos invitó (éramos un grupo de doce hombres y mujeres) a comer un cuscús marroquí, que su esposa había cocinado para todos. Pero... sin poder remediarlo, pasé la Navidad de 2008 en Oujda con mi hijo. Por la gracia de Dios, estaba de vuelta a Casablanca al cabo de tres semanas y pude explicar la historia completa a mis amigos del SAM.

Después de esa experiencia, y porque el Padre José me ofreció su ayuda en el SAM, mi vida cambió mucho. Dejé la mendicidad en las calles, excepto los viernes, el día más importante de oración para los musulmanes, porque puedes conseguir un buen dinero mendigando cerca de la mezquita. Pero en general ahora llego a tener el dinero suficiente para comprar alimentos y pagar el alquiler. En el SAM he encontrado gente valiente, con ganas de defendernos, gente amable. Es como un refugio para todas nosotras.

¿Lo que espero para el futuro? Bueno... sólo Dios lo sabe. Me gustaría tener tres hijos más... pero en Europa... ¡nunca más en Marruecos! ¡No hay escuela para los niños negros en Marruecos! No hay futuro para ellos. Y espero que algún día volveré a Nigeria, si es la voluntad de Dios. No tengo miedo de intentar pasar en barcaza de nuevo hacia España, porque sé que Dios me protege, pero creo que voy a tratar de pasar oculta en un coche (oculta) o en avión con papeles falsos. No puedo quedarme aquí para siempre. Tengo que moverme.

6. «EN MARRUECOS, HE VIVIDO MUCHAS VIDAS»

Sí, he vivido muchas vidas en Marruecos: momentos en que me quería morir, momentos en los que estaba perdida y también momentos de esperanza.

Me llamo Honey A. Nací en 1979 en una ciudad de tamaño medio (como Tánger), en Edo State, Nigeria. Perdí a mi padre cuando tenía cinco años. Quería ir a la escuela pero no había dinero: yo era la más joven de mis hermanos (cinco) y hermanas (dos), no tuve la oportunidad de ir a la escuela. Pasé el tiempo con mi madre, que era agricultora, así que sé cómo trabajar en el campo: ¡si alguien me compra un terreno, puedo cultivarlo!

Recuerdo jugar con mis amigas y soñar con ir a la escuela para tener una buena educación. A la edad de quince años decidí pensar en mí misma e ir a una escuela de peluquería. Pensé que tal vez podría tener mi propio negocio y trabajar por mi futuro. Pero una vez que terminé mi formación, no había nadie allí para apoyarme. Entonces me decidí a encontrar un trabajo, cualquier tipo de trabajo, en la gran ciudad, Benin, donde uno de mis hermanos ya estaba viviendo.

En la gran ciudad no había ningún buen trabajo para mí. Comencé a trabajar en un bar, pero después de un tiempo tuve que dejarlo porque no era el tipo de trabajo en el que yo me sentía a gusto. Luego me quedé embarazada de una relación que no duró mucho: tenía diecinueve años y me sentía perdida. Volví a mi madre y le pedí permiso para emigrar con destino a Abidján (Costa de Marfil). Pero ella dijo que no: «Tu hermana mayor vive en Italia y hemos perdido contacto con ella. Si te vas ahora te perderé a ti también». Pero yo no tenía opción, así que le dije que me iba igualmente a Europa y, finalmente, aceptó mantener a mi niña con ella.

22

Uno de mis hermanos (que en ese momento estaba trabajando en Europa) vino a visitarnos y me dio el dinero para hacer el viaje. Me encontré con un muchacho que estaba dispuesto a venir conmigo y los dos tomamos el camino hacia el norte. Dijo que, en caso de necesidad, él pagaría por los dos y un día ya le devolvería el favor. ¡Ese era mi «seguro de viaje»!

En noviembre del 2001, nos fuimos de Lagos a Cotonou (en autobús) y luego en taxi hasta Agadez. A continuación, taxi, autobús, autobús, taxi... hacia Ghardaia en Argelia y así sucesivamente. Después de tres semanas de viaje, llegamos a Temara, una población cerca de Rabat, capital de Marruecos. Tuvimos que pasar rápidamente a través de Maghnia (Argelia) por el peligro de ser capturados por los nigerianos de los campamentos de migrantes, y caminamos a través de la frontera hacia Oujda. No tuvimos problemas con la policía: el viaje fue muy fácil, aunque largo y chocante por la visión del desierto. En la primavera de 2002 yo ya estaba en Tánger esperando una señal de mi «hombre de contacto» para ir a Europa.

Pasé nueve meses en un hotel: tuve que pagar tres € por día y aparte tenía que alimentarme. Encontré un «novio» que me ayudó a mantenerme... pero la policía me encontró y me mandaron de vuelta a Oujda. Perdí todo lo que tenía en Tánger y pasé cuatro meses en Oujda, viviendo en una habitación minúscula.

Salí de Oujda, en la primavera de 2003 y me trasladé a Fez. Tomé un taxi: en ese momento era muy fácil viajar dentro de Marruecos, si tenías dinero, claro. Finalmente llegué a Casablanca en el 2004 con un amigo de mi misma ciudad en Nigeria, a quien conocí en Fez. Fue una gran ayuda a lo largo del camino.

Una vez en Casablanca me encontré viviendo en un piso con doce hombres y ocho mujeres, y sin dinero. Tenía que luchar por mi vida y, al mismo tiempo, aceptar mi destino: si quieres permanecer viva, has de asumir que tienes que «dar algo a cambio de comida y vivienda». No quiero llamar a eso prostituirse: ¡hay que

mantenerse con vida! Y la vida no es tan fácil. Fueron años difíciles, porque desde 2003 hasta pasado el 2005 no se podía caminar libremente por las calles, por lo que tenía que quedarme encerrada en la habitación todo el día y salir sólo durante la noche.

Todos esos años en Casablanca los pasé viviendo en el interior del piso, viendo la televisión y sin hacer nada. Por aquellos días, podías ir a comprar cosas o mendigar en las calles sólo si tenías un bebé, porque los marroquíes no te hacían daño si estabas con un niño pequeño. Así que solía pedir a mis amigas que me prestaran su bebé cuando lo necesitaba y quería salir. Fue una época difícil.

Algunas de las personas en el piso estaban recibiendo algo de dinero de Europa de amigos o personas que ya habían pasado y estábamos esperando reunir el dinero suficiente para pasar. En ese momento no podíamos ir a la iglesia porque era demasiado peligroso: la policía nos deportaba a Oujda. Pero en 2006 todo cambió y por la gracia de Dios ahora podemos ir todos los domingos y así nos reunimos como comunidad cristiana en la Iglesia Anglicana.

No busqué a mi bebé: fue una sorpresa, pero una vez que supe que estaba embarazada, decidí que no iba a tomar ninguna droga para abortar. Sabía que sería más difícil llegar a Europa, pero el aborto es peligroso y éticamente no está bien. Y además el padre de mi hija me prometió ser mi esposo.... un día, ¡cuando encontrase el dinero para casarse!

La mendicidad en las calles no es una tarea fácil: tu apariencia es sucia, tu bebé está todo el tiempo sobre tu espalda, a veces algunos niños vienen a burlarse de ti o incluso algunos adultos... no me sentía bien. Causa un gran dolor. Los marroquíes suelen preguntarme si soy musulmana... y nosotros sabemos que si la respuesta es afirmativa se puede conseguir mucho más... así que aprendemos algo de árabe básico para conseguir algo más de dinero.

23

En diciembre de 2007 tuve la oportunidad de intentar de nuevo el paso hacia Europa: el padre de mi hija encontró a alguien allí, otra mujer, que estaba dispuesta a pagar los 1.600 € para mi viaje en barco a España. Fui a Oujda y después a Nador. Pasé un mes en una casa abandonada cerca de la orilla del mar esperando el momento. Pero fue la policía marroquí quien nos vino a recoger y nos deportaron a la frontera: éramos setenta migrantes, tres de ellos niños. Era noche cerrada y yo iba con mi bebé. Nos pidieron que fuéramos hacia Argelia. Caminamos un poco, pero después de un rato nos sentamos y los marroquíes se fueron. Así que esperamos, y después de una hora nos dirigimos de nuevo a Marruecos.

Llegamos a Oujda y allí esperé dos semanas más por si había noticias de la gente que nos iba a llevar a España. Finalmente nos pusimos en contacto y nos trasladamos de nuevo a la orilla del mar. Era de noche. Nos hicieron entrar en dos botes zodiac: treinta y cinco personas en cada uno. Nos pasamos dieciocho horas en el mar pero era muy peligroso, porque el mar estaba agitado. La gente empezó a gritar y gritar. Yo estaba llorando. Mi hija estaba llorando y todos pensábamos que íbamos a morir. Llamamos a los servicios de emergencia españoles, pero nadie respondió a nuestra llamada. Llamamos a un amigo en Francia, pero nos dijo que no podía hacer nada por nosotros, así que finalmente llamamos a la policía marroquí y vinieron a buscarnos. Una vez en tierra, nos llevaron a la comisaría de policía y de regreso a la frontera argelina. La misma historia: esperar un tiempo en «tierra de nadie» y de nuevo volver a pie a Marruecos.

En Oujda tuve que mendigar otra vez, porque no tenía nada. Oujda es una ciudad muy peligrosa, ya que está muy cerca de la frontera y la policía intenta echar a todos los inmigrantes de las calles. Yo no he tenido mucha suerte en mi vida, así que, después de algunas semanas mendigando, me encontré por enésima vez en la frontera argelina. Estaba pidiendo con mi bebé, pero la policía no tuvo en cuenta que fuese tan pequeño. Esa vez los expulsados éramos un pequeño grupo de quince personas. Después de esperar un tiempo y en plena noche, volvía de nuevo a Marruecos... ¡Me sé el camino! En septiembre de 2008 decidí regresar a Casablanca.

Una vez allí, una de mis amigas me habló del SAM, así que vine a buscar ayuda. En el SAM he podido encontrar alguna formación (costura), alimentos (de vez en

cuando), una escuela para mi hija y a veces también ropa. Yo sé que Dios me pidió que viniera a Casablanca y que los encontrase; sé que preparó este lugar para mí y para mi bebé. Por todo eso estoy agradecida a Dios. Cuando vengo al SAM me siento feliz porque me gusta la gente de aquí, y además, siento que mi vida no es un completo fracaso: ¡que puedo aprender y hacer algo bueno!

Este último año en Casablanca fue un poco agitado. Uno de los hombres que viven en el mismo piso compartido conmigo y mi esposo, estaba involucrado en algún tipo de negocio con drogas ilegales. Un día nos llegó la noticia de que la policía iba a venir a inspeccionar en el apartamento. Tuvimos el tiempo justo para huir de la habitación, pero sin coger nada: nos habrían acusado del mismo delito que los distribuidores de drogas, pero no teníamos nada que ver con ellos. Perdimos todas nuestras cosas y no pudimos volver a nuestra habitación, puesto que la policía estaba vigilando el piso. Tuvimos que empezar de nuevo: cada vez que algo sucede, comenzamos de nuevo nuestra carrera hacia Europa. Estoy cansada. Y cuando llamo a mi familia en el país sólo me hacen la misma pregunta: «¿nos puedes enviar algo de dinero?». Estoy cansada, estoy realmente cansada de esta vida.

Si pienso en mi futuro, sé que sólo Dios puede traer la felicidad, por lo que toda mi confianza está puesta en él. Él va a encontrar el camino que me lleve a Europa. Todavía quiero ir allí. No hay camino de regreso. Sé que no puedo llegar a Europa en barco: lo he probado y he aprendido la lección. ¡De ninguna manera! La próxima vez lo voy a tratar de una manera más segura, por carretera o en avión... pero necesito unos 5000 € y no sé si podré conseguir ese dinero. Espero que alguien venga a llevar primero a mi bebé y yo lo seguiré después. No podemos ir de la mano, lo sé. Espero que mi marido venga finalmente detrás de mí a Europa. Cuando pienso en volver a Nigeria... tendría que alimentar a dos hijos, pagar su escuela, el alquiler, ayudar a mi familia, mi esposo... ¡No puede ser! Tengo que ir primero a Europa y luego volver con algo de dinero.

7. «MI MARIDO EN GRECIA, YO EN MARRUECOS Y MI HIJO EN SENEGAL»

Me llamo Amy G. soy de Senegal. Nací en 1984. Mi padre es musulmán y mi madre cristiana. Yo soy musulmana practicante como mi padre. Vivíamos en las afueras de Dakar. Mi familia es bastante extensa: mi padre ya había tenido diez niños con su primera esposa cuando tomó a mi madre como segunda esposa... ¡Ella le dio siete hijos más! Una familia de veinte miembros ¡en un apartamento de cuatro habitaciones!

En ese momento mi madre estaba bastante bien situada: era médico en un hospital de Dakar. Mi padre trabajaba allí también, no como un médico, sino en el servicio de atención médica. Su suerte terminó cuando el hospital decidió despedir a algunas personas que trabajan allí. Yo sólo tenía siete años y mi madre se encontró sin trabajo y casada con un hombre jubilado. Tuvo que empezar a vender productos y hacer negocios. Viajó a otros países, dentro de nuestra zona, para vender aceite rojo (aceite de palma) y pescado seco. La mayor parte de mi tiempo lo pasaba sola, con lo que finalmente mi abuela me llevó con ella y fue quien cuidó de mí. Yo era la única niña de los siete hijos de mi madre, por lo que era lógico que yo fuese la elegida para salir de casa de mi padre.

Mi madre no me abandonó: yo era la única chica así que hizo todos los sacrificios posibles para mantenerme en la escuela. Fui a una escuela católica, con los «Padres» en Dakar. Pasé por toda la escuela secundaria e incluso comencé la escuela superior, pero a la edad de diecinueve años me enamoré de un guapo chico de veinticinco y decidimos casarnos. En Senegal, el matrimonio es una prioridad, así que si tú encuentras al hombre que amas, puedes casarte con él, ¡hay que hacerlo sin dilación! Lo único malo es que tuve que abandonar mis estudios porque, después de la boda, tuve que ir a casa de mi marido para vivir con él... ¡y trabajar para toda su familia! Este es nuestro destino: si vives en la casa de los padres de tu esposo, tienes que trabajar para ellos. En ese momento descubrí lo que significa trabajar en casa. Me despertaba temprano en la mañana a barrer la casa y la arena de la puerta principal. Tenía que preparar el desayuno para todos y limpiar la cocina. Luego ir al mercado y cocinar el almuerzo... ¿debo continuar? ¡En la casa éramos dieciséis! Pero tuve suerte porque uno de los hermanos de mi marido se casó, así que había otra mujer para compartir el trabajo.

Después de un año de matrimonio me quedé embarazada y mi primer hijo vino a este mundo. Yo estaba ansiosa por quedar embarazada y éramos felices esperando al niño... pero después del parto las cosas fueron aún peor en el hogar: tenía un bebé más para nutrir, era difícil dormir por la noche, tenía que cuidar de él... ¡y de las otras dieciséis personas! Esto lo tengo seguro: en el futuro me gustaría formar una familia pequeña, ¡sólo tres niños, ni uno más! Fue un momento muy difícil para mí.

La situación en Senegal no era buena: sin trabajo, sin seguridad en tu futuro... así que un día mi marido decidió abandonar el país y buscar una oportunidad en Europa. Hablamos seriamente y yo estaba de acuerdo con él en que la única salida era Europa. No teníamos ninguna posibilidad de ahorrar dinero para encontrar un pequeño apartamento para nuestra pequeña familia: todo su salario no era suficiente ni para vivir en el día a día. Se tenía que marchar. Mi hijo sólo tenía seis meses de edad cuando se fue de Senegal.

Fue en el año 2006... ¡El año de la gran oleada de migrantes a las Islas Canarias! ¡Los barcos salían de Senegal a cientos cada mes! Pero a mi marido no le gustó la idea: no era tan caro, pero era muy peligroso, y el suicidio no entraba en sus planes. Buscamos por todas partes y encontramos los 1000 € necesarios para el billete. Tomó un vuelo a Turquía. Una vez allí, a la primera oportunidad cruzó a

Grecia: tenía prisa por nosotros, que nos habíamos quedado en Dakar. Casi lo había conseguido, pero la policía griega lo arrestó. Todavía recuerda la dolorosa situación que tuvo que soportar: insultado, golpeado sin ninguna explicación, despojado de todos sus bienes... algunos de los hombres reunidos en el interior del campo de detención pudieron escapar, pero él no tuvo ninguna posibilidad. Finalmente, después de algunos meses, los griegos se compadecieron de él y lo enviaron libre a Atenas, con algún tipo de salvoconducto que él me dijo era una «tarjeta roja». A mediados de 2007 me llamó desde Atenas diciendo que estaba bien, pero sin ninguna posibilidad de un empleo legal. Eso significaba que no podía hacer más que vender cosas en la calle y cuando la policía le detenía, tenía que encontrar la forma de pagar o de lo contrario significaba la pérdida de todos los bienes confiscados. Así no pudo ahorrar ningún dinero, por lo que no parecía tener ninguna salida. Trató de llegar a España por carretera, pero sin papeles era demasiado difícil y costoso. La única esperanza era que había pedido la regularización en Grecia y que esperaba que conseguiría los papeles de legalización un día u otro. Una cosa es clara: sin papeles de la Unión Europea no puede volver a Senegal, por lo que tenemos que resignarnos a estar separados. Hablamos por teléfono de vez en cuando y así mantenemos el contacto... ¡pero le añoro un montón! ¡Así es la vida!

¿Y qué hay de mí? Cuando mi marido se fue del país, me quedé con mi hijo en la casa de su familia. Me convertí en la sirvienta de toda la familia. Como mi esposo no estaba conmigo, yo no tenía dinero, así que no tenía libertad. Estaba trabajando en la casa, pero sin ninguna esperanza de futuro. Tuve que buscar una solución. Sentía que tenía que intentar otro camino y un día me decidí a emigrar como los demás y encontrar una nueva vida en el extranjero.

Yo no tenía dinero para salir del país como mi marido. Decidí que Europa estaba más allá de mis medios demasiado modestos y busqué un país un poco más cercano. Me enteré de que en Marruecos los *call centers* (comerciales a través de llamadas telefónicas) se estaban desarrollando muy rápido allí. Necesitaban gente que hablara bien el francés y era posible ganar mucho dinero rápidamente. Hablé con mi esposo y estuvo de acuerdo en que podría ser una oportunidad para nosotros. Mi esposo habló con su madre y ella me dio permiso para irme, manteniendo nuestro hijo en su casa. En el verano de 2009 salí de Dakar y hacia Marruecos. Compré un «boleto» para un enorme camión a tan sólo 150 €. Éramos seis mujeres las que viajábamos juntas en la parte trasera del camión, con la mercancía, y con destino a Casablanca. Cruzamos Senegal, el desierto de Mauritania, el desierto del Sahara... y finalmente llegamos a Casablanca, donde un amigo me había prometido alojarme a mi llegada.

Empecé mi formación en un *call center*, pero después de dos semanas ya sabía la verdad de ese tipo de trabajo: se trabaja 8 horas diarias por un salario miserable. La competencia y el estrés es enorme. Por eso muchos enfermaron después de algunos meses trabajando allí. Así que me fui y traté de encontrar otro trabajo... ¡cualquier tipo de trabajo! La única condición era no poner en riesgo mi vida. Pero no fue fácil. Después de algunos meses una amiga me dijo que el SAM buscaba una maestra. Fui a probar suerte, aunque yo sabía que no tenía mucha experiencia en eso. El director estaba bastante desesperado porque la última maestra se había ido y no tenían a nadie que la reemplazase... ¡y los chicos estaban ya en la clase! Como yo estaba dispuesta a afrontar cualquier reto, me aceptó y me pasé un tiempo de formación en una escuela de religiosas en Casablanca, para aprender un poco acerca de cómo enseñar en un jardín de infancia. Después vinieron otras formaciones. Me siento bien en esta escuela ¡espero quedarme por mucho tiempo!

Mi futuro está ligado al de mi marido: si él decide volver a casa, entonces me gustaría volver a Dakar. Pero mientras tanto tengo que permanecer en Marruecos: ¡de ninguna manera volver a casa a mi vida anterior! Con el poco dinero que obtengo del SAM, estoy haciendo algunos pequeños negocios y trato de ahorrar algo de dinero... Esperamos que la situación cambie para bien.

Siento también mucha tensión por no tener conmigo a mi hijo. No tengo los medios para traerlo a Marruecos, pero por otro lado es demasiado pequeño para

quedarse solo en la familia de mi marido. No me gusta. Es una situación es muy dolorosa. Somos tres en mi pequeña familia y cada uno de nosotros en un país diferente. ¿Cree usted que esto es vida? ¿Y mi futuro? Sólo puedo rezar y esperar que algún día todo vaya a cambiar para bien.

8. «QUIERO DAR UNA BUENA EDUCACIÓN A MIS HIJOS»

Me llamo Koukou S. Nací en 1972 en Liberia. Mi padre trabajaba en una fábrica de caucho propiedad de los alemanes. Vengo de una familia muy pequeña, mi padre era hijo único y mi madre sólo tenía tres hermanos. Mis padres tuvieron cinco hijos, y dos de ellos fueron asesinados en 1990 durante la guerra. De pequeña, a la edad de ocho años, mis padres me enviaron a vivir con unos amigos: sabían que no podían tener suficiente dinero para mantenerme y darme una educación. Pero mi suerte no me estaba guiando a la escuela: mi nueva familia me trató como a una esclava y me pasaba todo el día trabajando para ellos. A la edad de diez años, yo ya sabía que los esclavos no tienen derechos y que si no quería ser golpeada debía permanecer en silencio. A los trece años me escapé. No podía volver a casa porque sabía que no había dinero, así que encontré una tía mía que vivía en una gran ciudad y le pedí que me mantuviese. Me aceptó, pero después de un tiempo me di cuenta de que no había un gran cambio: seguía sin poder ir a la escuela. Huí de nuevo y me encontré en las calles de Monrovia.

En 1986, era una adolescente que vivía con mis amigos de la calle en la capital. Yo quería hacer algo por mí misma. Encontré un lugar donde enseñaban danzas tradicionales a los jóvenes: a los turistas les encanta vernos bailar en nuestra vestimenta tradicional. Me gustó, pero después de dos años viviendo en las calles, decidí volver con mi tía y le pedí que me mandase a casa de mis padres. Pero no aceptó porque dijo que no tenía dinero. Al verme llorar, un hombre rogó por mí y finalmente obtuve el dinero que pedía.

28

Después de ocho años fuera de casa, las cosas habían cambiado. Empecé ayudando a mi familia, y me quedé dos años con ellos, pero en 1990 ya estaba de vuelta en Monrovia. Liberia vivía un momento difícil y estalló la guerra civil. En ese momento yo estaba asistiendo a una escuela nocturna gratuita: ¡a mis dieciocho años y empezando mi escuela primaria! ¡Pero era tan feliz! Mirando la televisión, me maravillaba de la gente que hablaba en buen inglés y con una buena educación. Yo quería desesperadamente tener esa educación. Durante el día me dedicaba al comercio, vendiendo ropa de segunda mano o alimentos. Tenía algo de dinero para alquilar una habitación y... además encontré novio... ¡y muy bueno! Podía hablar bien inglés ¡y tenía a sus padres en los EE.UU.! Pensé que mi vida había comenzado a cambiar para mejor.

Muy pronto, me quedé embarazada y mi novio me invitó a ir a un lugar más seguro: la casa de sus padres. ¡Una mansión! Todavía estaba embarazada de ocho meses, cuando la guerra llegó a nuestra casa: tuvimos que huir a toda prisa. Mi novio se quedó atrás. Como no venía, su hermana menor y yo volvimos a la casa. Lo encontramos muerto: los rebeldes le habían disparado. Su hermana y yo le enterramos con nuestras propias manos. Yo estaba a punto de dar a luz y enterraba a mi novio, todo al mismo tiempo. ¡Esa es mi vida! Mi hija entró en este mundo en llamas y no quiso quedarse: a la edad de tan sólo un año, enfermó, y aunque los de la Cruz Roja trataron de salvarla, no pudieron hacer nada.

Viví todas las guerras de Liberia en Monrovia, comerciando cuando podía, viviendo o mejor dicho sobreviviendo, día a día. Nos quedamos en casa de mi novio, huyendo. Fue una pesadilla enorme: después de tantos años de guerra, la gente se estaba volviendo loca y era realmente peligroso. Encontré otro novio que me ayudó mucho, pero era demasiado viejo para mí, así que finalmente me despedí de él no sin darle antes una niña. Mi hija vive ahora en Ghana: yo no podía tener conmigo a mi bebé, así que la dejé con la hermana de su padre y ella se la llevó a Ghana. Hoy es una niña mayor y me llama de vez en cuando.

En 1996 la casa fue bombardeada. Lo perdimos todo. Tenía que encontrar otros amigos con quien vivir. El problema es que no había seguridad: un día fui a co-

merciar y cuando volví me encontré a los muchachos muertos en casa. Las mujeres todavía estaban vivas, pero habían sido violadas. Tuve suerte de no haber estado allí. Decidimos salir y no volver nunca más. Ese fue un momento difícil: bloqueos en todas partes y con el pistolero que te dice que te va a matar si vas más allá. Aprendí a cocinar rosquillas y las vendía en la calle, con mi caja de pan en la cabeza. Siete días a la semana, tratando de conseguir el dinero suficiente para sobrevivir, escuchando constantemente las explosiones de las bombas y los disparos en las calles. Ese fue mi tiempo de guerra, y todavía tengo hoy la presión arterial alta y el corazón latiendo rápido como recuerdo de esa época.

En septiembre de 1998, me fui de Liberia con una de mis amigas y huimos a Nigeria. Ya tenía suficiente con nuestras guerras. Fuimos a un campo de refugiados, donde obtuve mi primera «tarjeta de refugiado». La vida no fue fácil: la gente de la ONU son un poco extraños. No tengo una buena experiencia de ellos. No te ayudan. No te dan dinero. Las instalaciones eran limitadas y la comida muy escasa. Así que salimos del campamento y nos fuimos a la ciudad, a vivir nuestra propia suerte. Abrimos un pequeño comercio de alimentos africanos y poco a poco la vida siguió. Empecé a cocinar y a vender mis productos en la calle. La vida era un poco mejor, pero éramos ilegales y los nigerianos no aceptaban nuestra presencia con facilidad. También allí había guerra: no era un buen lugar para quedarse.

Una cosa fue bien en Nigeria: ¡encontré a mi marido! Un día se me acercó un nigeriano: vivía no muy lejos de nuestro apartamento y me había visto varias veces... ¡y se había enamorado! Le expliqué toda mi historia y me aceptó tal y como yo era... así que fuimos a la embajada ¡y nos casamos!

Él tenía un amigo que trabajaba en Libia y me pidió que nos fuéramos allí para encontrar un trabajo. Acepté y en enero de 2003 me encontré viajando por un país desierto. Nos costó mucho tiempo hacer el viaje: fuimos a través de Níger... ¡un país muy pobre! ¡Dios mío! ¡Eso fue muy duro! A Libia no llegamos fácilmente: nos llevó un año de trabajo en Níger, tratando de conseguir el dinero que necesitábamos para continuar el viaje. Después de un largo tiempo por el desierto, llegamos a Trípoli. Una vez allí descubrimos algo nuevo: ¡la charia! Los hombres y las mujeres no pueden estar juntos, no pueden hablar, no pueden ver el uno al otro... ¿cómo se puede comerciar en esas condiciones? Yo sé cocinar rosquillas, pero si no puedo hablar con la gente que está en la calle (¡hombres, por supuesto!)... Eso no era vida para nosotros y además me quedé embarazada de nuevo, así que teníamos que hacer algo urgentemente: decidimos abandonar Libia e ir más hacia el oeste, a Marruecos. Alguien nos dijo que Marruecos era un país libre donde se podía encontrar un trabajo incluso aunque no fueras musulmán. Mi esposo recibió su tarjeta de refugiado y salimos de Libia para nuestro bien.

Cruzamos el desierto, tratando de evitar a la policía ya que estábamos indocumentados, y llegamos a Marruecos a través de Oujda. Eso fue en septiembre de 2004.

Para llegar a Oujda son necesarias siete horas de caminata, puesto que la frontera está cerrada y nadie te puede llevar en coche o autobús. Yo ya estaba de nueve meses de embarazo, así que cuando llegué a Oujda me sentía muy enferma. Afortunadamente, los inmigrantes que ya estaban en Oujda sabían que el sacerdote católico me ayudaría. Fui a la iglesia y realmente fue la presencia de Dios para mí: me llevó al hospital ¡a pesar de que era una inmigrante ilegal! Podríamos haber tenido problemas, porque en aquellos años la policía de Marruecos era muy estricta. El Padre Lepin no podía hablar inglés y yo no podía hablar francés, pero por suerte una mujer marroquí amiga del Padre vino a ayudarnos. Todo fue bien y nació una hermosa niña, ¡que está ahora conmigo en el SAM! El Padre Lepin bautizó a mi niña como católica aunque yo soy Bautista, pero sé que Dios quería que mi niña fuese católica: su nombre es Irene. Nos quedamos en las instalaciones de la parroquia durante más de tres meses porque estaba demasiado débil para continuar el viaje.

En el mes de Ramadán, tuvimos la oportunidad de viajar a Casablanca. Tomamos el tren y llegamos a la «Casa Blanca». Encontramos una habitación y nos pusi-

mos a vivir allí, tratando de ser siempre silenciosos para no molestar a los marroquíes, porque 2005 fue un año difícil. Pero a pesar de que fuimos muy prudentes, no pudimos escapar a la misma suerte que muchos de los inmigrantes aquí: con las crisis de Ceuta y Melilla (ciudades españolas en el norte de África) todos los negros que vivíamos en las grandes ciudades de Marruecos sufrimos persecución. La policía vino a nuestro barrio, ya que sabía que habitaban inmigrantes allí, y se llevaron a todo el mundo en grandes autobuses, directamente al desierto.

Yo estaba en uno de esos autobuses con mi bebé Irene y mi marido. Lo perdimos todo y tal vez perderíamos también nuestras vidas en el desierto. Era una larga caravana de autobuses: casi ocho autobuses llenos de inmigrantes. Durante el viaje mi marido trató de llamar a ACNUR y pedir que viniesen a ayudarnos, pero dijeron que no podían hacer nada por nosotros. Nos deportaron a la frontera de Oujda y fuimos abandonados allí a las tres de la tarde. Tuvimos que caminar de vuelta a Marruecos durante la noche. Pasamos tres días en Oujda a la espera de alguna ayuda pero nadie vino, así que salimos de la ciudad y volvimos a Casablanca. Una vez allí descubrimos que los marroquíes habían entrado en nuestra habitación y se habían llevado todas nuestras propiedades.

Cuando ACNUR llegó a Oujda para hablar con los refugiados, ya no estábamos allí: yo tenía un bebé y no podía pasarme las noches bajo el cielo estrellado esperando su llegada. Mi marido oyó que ACNUR estaba mandando a la gente a Europa después de esa crisis, así que fue a Rabat para hablar con ellos. Para nuestra sorpresa, le dijeron que teníamos que haber permanecido en Oujda y haber tenido la entrevista previa, cuándo ellos estaban allí. Así que... no tuvimos ninguna oportunidad de entrar en Europa, pero otros con más suerte sí la tuvieron. Mi marido envió muchas cartas quejándose, pero finalmente ACNUR le contestó que dejara de hacerlo.

30

ACNUR Marruecos no nos ha ayudado. Una vez que vendía mis mercancías en la Medina de Casablanca, estaba sentada en la calle con una amiga, con la esperanza de que alguien comprase algo. Un marroquí nos arrojó agua desde su ventana para echarnos de allí. Llamé a la policía y les dije que yo era una refugiada del ACNUR. El funcionario de ACNUR que se presentó para «socorrerme» y «protegerme», me dijo que ACNUR no me había dado una tarjeta de refugiado para meter a los marroquíes en la cárcel. Así que... ¡muchas gracias por la ayuda!

Volviendo a Casablanca, tuvimos que encontrar otra habitación y empezar desde el principio, puesto que no teníamos nada. Algunos amigos nos ayudaron así como nosotros hacemos lo mismo cuando los demás inmigrantes necesitan nuestra ayuda: esta es la forma como vivimos. En ese momento en Casablanca acogí en casa a una joven que había conocido en Oujda. Estaba enferma por el frío que pasó allí. No pudo superar su enfermedad. Murió en la cama. Así que... ¡otra vez estaba con problemas! Una inmigrante ilegal con otra inmigrante ilegal ¡muerta en su cama! Y sabía por experiencia que la Agencia de las Naciones Unidas no vendría a ayudarme. Tuve que probar suerte: llamé a mi arrendador y para mi consuelo, comprendió mi angustia. Llamó a la policía y fueron amables conmigo. Me hicieron un montón de preguntas, pero eso fue todo. Se llevaron el cuerpo a la morgue, dejé el cuarto y cambié de ciudad, a Rabat, para tomar cierta distancia. Después de cierto tiempo, volvimos a Casablanca.

La vida volvió a la normalidad y los años que siguieron no fueron tan malos. Como mi esposo es mecánico, de vez en cuando encuentra algo que hacer y gana un poco de dinero. Yo seguía haciendo mi comercio y, finalmente, en julio de 2008 mi cuarto bebé vino a darnos un poco de felicidad. Esta vez tuve que ir al hospital para una cesárea. Desde que di a luz a Irene en Oujda, algo había cambiado en mi metabolismo: había engordado un montón y era peligroso dar a luz sin cesárea. Por lo tanto, seguí las recomendaciones del médico y todo fue bien.

En agosto de 2008 una amiga nigeriana me dijo que había algunas personas de Europa ayudando a los niños y las mujeres migrantes en Casablanca... así que vine a visitar el Centro de Acogida (el SAM) con mi marido y mis dos hijos. A partir de entonces SAM ha sido una gran ayuda para mí. Antes perdía el tiempo en

casa, sin hacer nada, sin ningún objetivo en la vida diaria. Ahora, cuándo me despierto por la mañana sé que tengo que ir al SAM, llevar a mis hijos a la escuela y asistir a mi propio taller (he aprendido a coser, a tricotar, ¡y algo de francés!). En el SAM puedes hablar a las hermanas (migrantes) y compartir tu vida. Hay un montón de buena gente para ayudarte. Y todos dicen que desde que llegamos aquí todas somos más felices y estamos aumentando de peso. ¡Y puedo asegurarles que estamos teniendo bebés! Bueno... ¡yo no! El SAM nos ha dado un poco de esperanza para seguir viviendo en este país, y Dios les bendecirá por siempre.

¿En cuanto a mi futuro...? Quiero dar una buena educación a mis hijos. Tengo que encontrar un poco de dinero para establecerme y construir un futuro para mi familia. Tengo un marido y hace ya mucho que estamos juntos... así que es hora de terminar con los viajes. El problema es que no hay paz en Nigeria o en Liberia. Somos refugiados, pero ACNUR se ha olvidado de nosotros. Estamos atrapados aquí en Marruecos... ¿Y nuestro futuro? Bueno, dentro de diez años tal vez responderé a esta pregunta. Pero gracias al SAM por estar cerca de nosotros... y si hay alguien en Europa que deseara llevar allí a mis hijos a la escuela, quisiera saberlo porque yo prefiero antes vivir lejos de mis hijos que obligarles a repetir mi historia en África.

9. «DENTRO DE MI VIDA, LA TRISTEZA OCUPA EL ESPACIO MÁS GRANDE»

Me llamo Joy B. Nací el 12 de octubre de 1979 en Edo State, Nigeria. Vengo de una familia de agricultores. Tengo seis hermanos y una hermana, todos ellos todavía en el país. Mis padres murieron hace unos años. Yo soy la única que ha tratado de hacer el viaje y no les animo a que lo intenten ellos, porque ahora sé que no hay manera de salir de esta aventura.

Recuerdo que fui a la escuela primaria y que me gustaba jugar con mis amigas, dando palmas y bailando... pero la mayoría de las veces estaba en el campo con mi madre o ayudándola en la casa.

Cuando yo tenía trece años mi madre se puso muy enferma: perdía mucha sangre y mi padre no tenía dinero para mandarla al hospital, por lo que decidieron enviarme con la familia de mi tía, en el estado de Kaduna. Con el tiempo decidí volver a casa ya que no me sentía bien con mi tía. A mi madre no le gustó eso, pero yo no quería volver con ella. Fue una época de disputas en la familia. Al final tuve que volver a la casa de mi tía. Un día supe que mi madre había muerto: mi tía no me lo dijo porque quería que me quedase con ella. Me escapé y volví a la casa de mi padre. Él me aceptó de nuevo, pero ocupé el lugar de mi madre y tuve que trabajar para alimentar a toda la familia. Mi hermana se había ido de casa dos años antes: se quedó embarazada y mi padre la echó porque no estaba casada.

32

Fue muy duro. Tenía diecisiete años y sabía que estaba perdiendo mi oportunidad de ir a la escuela. Tuve que ir al mercado todos los días para vender los productos del campo y no pude decidir por mí misma (yo era la única mujer de una familia de ocho... ¡Mi familia!). A las mujeres nos gusta comprar ropa y cosas. ¡Nada para mí! Ese fue un momento muy triste. Era triste ver a mis hermanitos sobreviviendo con casi nada y sabiendo que tendrían el mismo futuro que yo.

Mi hermana estaba ya en la ciudad... así que un día decidí irme también: me iría a Europa y ganaría mucho dinero trabajando en la prostitución. Mi familia iba a conseguir lo que se merecían y, probablemente, mi vida sería diferente. Sabía que la prostitución era un negocio grande, muy grande, porque se podían ver las casas y los coches y todo lo que esas personas tenían en nuestro país, y yo ya tenía una prima más joven en España que trabajaba en ese «negocio». Un día le dije a mi padre que yo debería ir a Europa para ayudar a la familia y como sabía que una «hermana» estaba llevando una especie de «agencia de viajes» para ayudar a las chicas a llegar a Europa, para trabajar en las casas (limpieza, cocina...), mi padre estuvo de acuerdo y pagó 300 € para el viaje. En 2000 me fui allí y me quedé por un año en esa casa, con la «hermana». Recuerdo que una vez una mujer se acercó a la casa y se llevó a tres chicas con ella. Éramos seis, pero no sé por qué yo no fui elegida. Así que después de un tiempo me volví al pueblo, con la promesa de que algún día alguien vendría por mí.

Y fue cierto: unos meses después, alguien vino y me llevó primero a Lagos, donde pasé un mes. De ahí a Bamako, en Malí, en un autobús: éramos ocho mujeres que viajábamos por nuestra cuenta y riesgo. Teníamos unas direcciones a seguir y eso era todo. Nos pasamos ocho meses en Bamako e hice amistad con otra chica nigeriana que estaba esperando allí por lo mismo, Cathy: sería mi hermana para siempre. Años más tarde volvimos a encontrarnos en Casablanca y me volvió a ayudar en el parto de mi hija.

Un día salimos de Bamako. Con veintidós años, yo era una de las más jóvenes del grupo, puesto que había otras de veintiocho y treinta años. Viajábamos encubriéndonos: yo iba disfrazada de menor, una joven adolescente, así que no necesitaba un pasaporte propio sino tan sólo mi foto en otro pasaporte, el de mi falsa madre. Desde Bamako tomamos el avión a Casablanca y en Casablanca,

me encontré en un piso con otras ocho chicas más. Teníamos una habitación donde dormíamos juntas, un baño, una ducha para compartir... y nuestro «guardián» con su esposa, que vivían en la habitación contigua a la nuestra. Nuestro «jefe» enviaba regularmente desde Bamako algo de dinero para nosotras, pero en general nos teníamos que valer por nosotras mismas. No podíamos salir a la calle por nuestra cuenta, sino siempre supervisadas por nuestro tutor. En realidad esto era más para protegernos de los hombres nigerianos que de la policía marroquí: si los nigerianos sabían que éramos también nigerianas, nos secuestrarían y nos venderían a otro «jefe». Eso pasaba en 2004. Entonces nuestra vida era muy aburrida y atormentada. No teníamos nada que hacer: sólo dormir y comer. Una persona de Europa envió dinero para pagar el transporte para algunas de las chicas, pero yo no fui una de las afortunadas.

Inesperadamente, tras un año de perder el tiempo, nuestro «jefe» de Bamako dejó de enviar dinero y nuestro «guardián» nos echó del apartamento. Me encontré en la calle, pero tuve suerte: pronto me enamoré de un liberiano, un hombre muy cariñoso, y que me llevó con él. Pero mi destino no era continuar esa relación: él tuvo que marcharse a Ghana y allí murió unos meses más tarde. Yo suelo ser divertida, bromista, pero al mirar hacia dentro de mi vida, la tristeza me invade.

Estábamos en 2005 y yo seguía viendo Europa ante mí. Tenía que intentarlo por mí misma. Traté de conseguir algo de dinero llamando a casa, pero nadie me podía ayudar. Hablé con mi prima de España, pero después de algunas llamadas, me dijo que vivía un momento muy malo y que no podía ayudarme. Estaba sola en Marruecos. Mi única oportunidad era encontrar un marido. Así que encontré un liberiano que dijo que estaba enamorado de mí y poco a poco crecimos en nuestra relación. Al principio fue muy positivo, porque tenía compasión de mí. Luego, muy pronto, llegó mi niña: ¡mi primer bebé!

33

Pero el tiempo pasó sin ningún cambio. A partir de 2006, yo ya quedaba libre de mis compromisos con mis «jefes» pero estaba varada en Casablanca. No había nadie que quisiese pagar mi billete a Europa y yo no tenía dinero para eso. Todavía estoy con mi marido liberiano, aunque no estamos legalmente casados... ¡no podemos hacerlo sin dinero! Y aquí estamos en 2010 y aún sin dinero para escapar. A finales de 2006 encontré un «trabajo» en un bar que servía bebidas a los negros. En ese momento ganaba 60 € al mes, pero la policía marroquí encontró el lugar y lo cerró todo.

A la edad de dos años llevé a mi hija a un jardín de infancia marroquí, pero mi esposo me pidió que trajera a mi hija al SAM. ¿Por qué? Fácil de explicar: mi hija estaba aprendiendo árabe (que nosotros no entendemos... ¿cómo comunicarme con ella?) y estaba aprendiendo los rezos musulmanes y su religión, al igual que los otros niños. Yo he sido cristiana toda mi vida, como mi familia, por lo que no tenía sentido mantenerla allí.

Una vez que empecé a venir al SAM, con la ayuda del micro-proyecto de comercio, puse en funcionamiento mi propio negocio. Mi hija está mucho mejor en el SAM y me siento bien aquí. Ahora mismo me siento feliz porque soy independiente: no he de pedir ayuda a nadie, porque hago negocios, comprando y vendiendo cosas, y soy buena en eso.

¿En cuanto a mi futuro? Bueno... sé gracias a Dios, mi futuro va a ser bueno. Sé que Europa ya no es para mí. Estoy tratando de ganar tanto dinero como puedo y ahorrando la mayor parte de ello. Un día voy a volver a Nigeria y voy a empezar un negocio allí. ¡Oremos a Dios!

10. «PRONTO PODRÉ VOLVER A NIGERIA»

Me llamo Jessica Ch. Nací en 1979, en Kogi State, Nigeria. Mi padre era de Edo State, pero cuando tenía sólo dos años de edad perdió a sus padres y alguien lo llevó a Kogi State, donde ya mayor encontró a mi madre y nos criamos los hijos. Éramos agricultores. Mi madre tuvo doce hijos, pero sólo nueve estamos vivos. Somos dos chicas y siete chicos. No pudimos ir a la escuela: todos íbamos al campo con mi padre o nos quedábamos en casa con mi madre. Nuestra familia no era extensa, así que tuvimos que ayudarnos a nosotros mismos. Esa era nuestra vida.

A mis doce años, una mujer pidió a mis padres que me permitieran ir con ella a la ciudad, diciéndoles que ella se haría cargo de mi educación. Pero no fui a la escuela con regularidad, porque trabajaba en su restaurante: estuve de cocinera allí durante ocho años. Era un gran restaurante y aprendí a cocinar, lo que fue muy bueno. Tal y como lo había prometido, la mujer me envió a la escuela primaria (¡entonces yo tenía trece años!), pero fallaba en mi regularidad a causa del trabajo (¡sólo iba dos días a la semana!). Esto es algo que me dolió a lo largo de esos ocho años: quería aprender, pero estaba trabajando todo el día. Un día las cosas cambiaron: yo era muy buena en los deportes, porque soy muy alta y tengo buena forma física. Me clasifiqué para una competición nacional muy importante, y mi entrenador me dijo que él me daría una beca con el fin de entrenarme más.

34 Pero había un problema: la mujer que me acogía no podía dar su permiso, así que tuve que volver a casa y pedir a mis padres. Esa fue la primera vez que hablé con mi madre después de ocho años de haber salido de casa. Cuando le expliqué cuál había sido mi vida, comenzó a llorar, pero al mismo tiempo me preguntaba por qué había vuelto a casa, puesto que ella no tenía dinero para poder terminar mi educación. Después de tantos años no podía volver a trabajar en el campo y realmente quería terminar la escuela primaria, así que decidí conseguir mi propia pequeña tienda para servir comida en mi pueblo. Con ese dinero pude acabar la escuela primaria, a la edad de veintidós. ¡Estoy orgullosa de eso!

A la edad de veintitrés años decidí continuar mis estudios e ir a la escuela secundaria, pero pedían demasiado dinero y no me lo podía permitir. Yo sabía que mi familia no era capaz de ayudarme y que tenía que encontrar mi propio camino. Era joven y estaba en buena forma. Tenía que hacer algo antes de que fuera demasiado tarde. Un día llegó un hombre a mi «bar» y me preguntó por qué estaba allí, una muchacha tan hermosa como yo. Le dije que mi sueño era tener una buena educación y construir un futuro para mí. Me dijo que tenía una hermana en Europa y que le iba bastante bien por allá y que tal vez ella aceptaría que alguien la ayudara.

Así pues, su hermana me llamó un día y algún tiempo después nos encontramos en el pueblo. Le expliqué que quería ir a la escuela y terminar mis estudios. Yo sabía que era una corredora muy buena, que me podía entrenar en Europa y hacer grandes cosas. Ella dijo que me ayudaría a encontrar un buen trabajo y así poder continuar mi educación. Así pues, me recomendó que sacase mi pasaporte y un visado para irme con ella, y así lo hice. Según me dijo, alguien vendría a recogerme y llevarme al aeropuerto. Yo tenía veinticuatro años y estaba llena de esperanza. Por aquel entonces tenía un novio, que estuvo de acuerdo en que lo mejor para nosotros sería ir a Europa y ver lo buena que era como corredora.

En julio de 2001, un hombre se acercó y me dijo que fuera con él. Tomó mi pasaporte y todo parecía correcto. Le pregunté sobre la mujer que conocí en el pueblo y me dijo que estaba bien. Pero entonces puso una condición: si quería viajar, había de aceptar tener una relación sexual con él. No podía creer lo que estaba pidiendo y me negué en redondo. Dejé aquel lugar a toda prisa y cuando volví al día siguiente, el hombre había huido con mi pasaporte y otra chica. Yo estaba furiosa

y llamé a la mujer explicándole lo sucedido. Ella dijo que enviaría a otro hombre a recogerme, y así lo hizo, pero esta vez el viaje fue por tierra: un gran cambio.

Malí fue la primera parada larga: la ciudad de Gao. Tres meses perdiendo el tiempo. Había muchas chicas de países diferentes. Estábamos esperando en una pequeña casa. Me dijeron que iban a Europa como yo. Me sorprendió encontrar a tantas chicas que viajan a Europa para ir a la escuela. Todavía me acuerdo la forma en que empezaron a reírse de mí cuando les pregunté qué tipo de estudios les gustaría seguir allí. Fue entonces cuando comprendí que la prostitución sería parte de mi futuro. Deprimente, muy deprimente.

Llamé a «mi mujer de contacto» en Europa y le pregunté de qué se trataba. Entonces ella me dijo que me iba a dar a la educación prometida, pero que tenía que trabajar para ella. Dijo que si yo no quería seguir el viaje podía volver a casa y eso es lo que decidí hacer inmediatamente. Pero entonces empezaron todos mis problemas: ella no envió más dinero y se llevaron todos mis papeles, así que no podía caminar libre, no podía volver a casa. Estaba sola, varada en Gao. No tenía ni siquiera la dirección de mi familia y además sabía bien que no podía pedir ayuda, porque no tenían medios.

Empecé a ir al mercado de alimentos, para mendigar algo de comer. Como sabía cocinar, me dediqué a cocinar para otros y comer un poco de mi propia cocina. No sabía qué hacer. Recé mucho. Le pedí a Dios que me enviara ayuda. Empecé tres días de ayuno y oración pidiendo a Dios que me ayudase. Al final del tercer día no podía hacer frente mi situación. Me puse a llorar, sentada en la arena, fuera de la puerta principal de la plaza del mercado. Entonces... bueno, un hombre nigeriano pasó y se detuvo cerca de mí. Él me preguntó por qué estaba llorando. Le conté mi historia y mi angustia cuando me di cuenta que tendría que convertirme en una prostituta si quería salir de allí. Ese hombre se apiadó de mí y me dijo que me iba a ayudar. Ese hombre, de nombre Hakim, hoy es mi marido. Una linda historia, ¿verdad?

35

Hakim fue a la casa de las prostitutas con el dinero para pagar mi rescate: era libre, pero las otras chicas me advirtieron que quizá estaba cayendo en una segunda trampa. Pregunté acerca de sus intenciones a Hakim. Me dijo que viajaba a Europa por su cuenta. Quería una nueva vida en Europa y me invitaba a compartir ese sueño con él. Yo no lo podía creer. Le dije claramente que yo no era una prostituta, ni siquiera para él, así que si a Dios no le gustaba el hecho de que estuviese con él, yo no iría. Así que empecé de nuevo tres días de ayuno y oración a Dios acerca de ese hombre y mi futuro con él. Y... lo creas o no, al final de esos tres días estaba convencida de que Dios quería que yo fuese con él. ¡Y así ha sido hasta ahora!

Desde Gao fuimos a Ghardaïa y allá tuvimos que parar de nuevo por un tiempo. Estábamos en una casa para inmigrantes a la espera de continuar nuestro viaje. Tuvimos mala suerte: uno de los inmigrantes que vivía en el mismo lugar había ganado algo en el mercado. La policía argelina lo siguió hasta el apartamento y se llevaron a todo el mundo. Yo me escapé, pero Hakim no sabía que yo estaba a salvo y corrió hacia la casa tratando de rescatarme. Lo detuvieron y lo llevaron a la frontera. ¡Pasó dos meses en Gao! Pero Kim no me abandonó: alguien le llamó y le dijo que me llevaban a Marruecos, y que tendría que pagar una vez que regresara a Ghardaïa.

Llegué a Marruecos en noviembre de 2001. No pasamos por Maghnia porque nos llegó la noticia de que la situación allí era realmente mala y había gente peligrosa viviendo. Entramos a través de Figuig, un camino mucho más seguro. En unos días ya estaba en Rabat, en el barrio de Takadoum. Me alojaron en un piso compartido con... ¡Cuarenta y cinco subsaharianos! Gracias a Dios, las mujeres en un lugar y los hombres en otro. Allí tuve que esperar a Hakim durante dos meses. Puesto que yo no quería tener relaciones sexuales con el hombre encargado de la «casa de huéspedes», no me dio ningún alimento, jabón ni otras cosas que yo necesitaba. Lo tuve que pedir a las otras chicas. Me daba vergüenza: me preguntaron por qué quería ser la «Virgen María» toda mi vida. Pero no podía hacerlo. Todavía tengo algunas marcas en mi cuerpo: la evidencia de mi lucha por mantener mi decisión.

Cuando finalmente llegó Hakim a Rabat, a principios de 2002, la gente del piso le pidió que pagase todo lo que debía ya que, si se negaba, me iban a vender a otro grupo de nigerianos. Recuerdo haber rezado a Dios y preguntarle por qué me estaba ocurriendo esto otra vez. Pero Hakim fue generoso y por segunda vez en unos meses pagó por mi libertad. Más tarde supe el misterio de su dinero: descubrí que venía de una familia muy rica en Nigeria. Su padre era un político muy conocido, pero con problemas: había sido amenazado y había decidido enviar a su hijo solo a Europa. Su padre estaba pagando por los dos. Pudimos encontrar un lugar mejor para permanecer en Rabat y pagamos nuestro «transporte» a Europa. Pero una vez más no tuvimos ninguna posibilidad: el «pasador» nos robó todo nuestro dinero y nos encontramos de nuevo en el punto de partida.

Como mi relación con Hakim era fuerte, decidimos tener un bebé, que vino a este mundo en abril de 2003, en Rabat. En ese momento Marruecos era un país difícil para los migrantes. Fui sola al hospital para dar a luz. Me preguntaron si tenía papeles y yo no tenía ninguno. Se interesaron por mi marido y mi respuesta fue que no estaba en el país a causa del temor a ser detenidos. Después de tres días sola en el hospital, cogí a mi bebé y nos escapamos de aquel lugar. Detuve un taxi... y Dios me estaba ayudando otra vez: el conductor del taxi me preguntó por mis papeles y por qué me iba del hospital vestida así. Le expliqué que estaba sola y sin ayuda en el hospital... y entonces, un hombre guineano que ya estaba en el taxi, dijo al conductor del taxi que me llevara a casa, que él iba a pagar la tarifa. ¡Dios siempre llega a tiempo cuando tú lo necesitas!

Pero las cosas salieron mal de nuevo. No teníamos dinero, así que tuve que alimentar a mi bebé con una mezcla de harina y agua. Mi esposo se fue a encontrar al hombre que había robado nuestro dinero y exigir que nos lo devolviera. Fue dos veces, pero después de la tercera vez, vinieron a buscarlo con otros hombres de la mafia. Lo secuestraron y casi lo matan a golpes. Gracias a Dios fue capaz de volver a nuestra habitación y nuestro casero, un marroquí, lo llevó al hospital, donde se recuperó al cabo dos semanas. Después de eso, la policía lo deportó a Oujda, porque no tenía papeles. Fue muy duro otra vez. Por último, tomó el tren y regresó a Rabat. Cuando volvió, otro hombre nos dijo que deberíamos ir a Tánger, en el Norte. Parecía que de allí sería mucho más fácil llegar a Europa. Una vez en Tánger, Hakim pediría a su familia el dinero necesario para continuar nuestro viaje.

36

Gracias a Dios, en julio de 2003, la familia de Hakim nos rescató una vez más. Así pues, pagamos 2.500 € por nosotros tres y el «pasador» nos llevó al bosque en las afueras de Tánger. Nos dijo que debíamos esperar allí algunos días... pero pasó un mes y aún estábamos allí,... esperando. En esas circunstancias me encontré a algunas de mis «amigas» de Gao de hacía algunos años: todavía seguían en su viaje a Europa. Una noche nos dijeron que fuéramos a la playa para esperar la barca. Pronto nos encontramos en la barca navegando hacia España. Pero la barca no estaba en buen estado y después de una hora, nos hundimos. En la oscuridad todo el mundo perdió el contacto con los demás, y yo perdí a mi bebé: una ola se lo había llevado lejos de mí. Algunos de nosotros tuvimos la suerte de encontrar a unos pescadores marroquíes que nos llevaron a la playa. Otros tuvieron que llegar a la costa por sí mismos. Otros nunca volvieron a tierra.

Pero, en ese momento, Dios estaba obrando sus milagros de nuevo: yo estaba llorando desesperadamente en la playa cuando llegaron noticias de que un pescador, muy lejos del lugar donde nuestra barca se había hundido, había encontrado un bebé flotando en el mar. Corrimos a la aldea y me encontré a mi bebé: aún respiraba, pero con gran dificultad. La mujer marroquí le había ayudado a mantenerse con vida, pero necesitaba urgentemente ir al hospital. Así que llamamos a nuestros amigos españoles (voluntarios cooperantes) que vivían en Tánger, y se llevaron al bebé allí. En el Hospital Italiano se recuperó y así fue salvado de las aguas. Un milagro.

Sólo por la gracia de Dios estábamos los tres de regreso a Tánger, y decidimos volver a casa, a Nigeria. Hakim reclamó a nuestro «pasador» el dinero, y puesto que no nos había llevado a Europa, el acuerdo estaba anulado. Pero el hombre dijo que el dinero había desaparecido. No teníamos dinero, así que Hakim se lo

pidió de nuevo a su familia. Pero esta vez las noticias no fueron buenas: su padre había muerto... finalmente sus oponentes habían encontrado una manera de envenenarlo. La familia estaba pasando por un momento muy difícil, así que no tenían ninguna posibilidad de ayudarnos.

No teníamos dinero para pagar una habitación, así que volvimos al bosque a vivir allí, a escondernos entre los árboles y sufrir el frío y las dificultades de la «vida salvaje». Los animales viven en el bosque, pero no es un lugar para los seres humanos. Tuve la suerte de tener a mi marido conmigo, porque para una mujer soltera vivir en el bosque es mucho peor. Tenía que cuidar a mi bebé que con frecuencia sufría picaduras de insectos. Nos quedamos allí durante un año. Me llevaba a mi bebé conmigo a mendigar por las calles de Tánger, para después volver al bosque. La policía intentaba expulsarnos del bosque. Venían dos veces por semana y cada vez teníamos que correr: aún sigo siendo una buena corredora, ¿sabes? Si la policía nos encontraba, nos deportarían a Oujda, nos habrían robado nuestros escasos bienes y lo quemarían todo en el bosque. Ese fue un momento difícil, pero hubo algo bueno: no me lo esperaba, ¡pero Dios me envió a otro bebé!

En ese momento, Médicos Sin Fronteras (MSF) nos estaba ayudando en el bosque, por lo que tomaron a su cargo mi embarazo. Di a luz en el hospital de Tánger en octubre de 2004, y después de unos días los mismos MSF me trajeron de vuelta al bosque. Ahora éramos cuatro en la familia y no teníamos ingresos regulares. Éramos muy pobres. Sobrevivíamos con la pequeña ayuda que venía de la solidaridad de algunos extranjeros que venían de vez en cuando y nos daban un poco de comida, mantas y otros artículos. Pero eso también era peligroso para ellos, debido a la gran vigilancia policial.

En enero de 2005 acudió de nuevo Dios en nuestra ayuda: una mujer marroquí habló de nuestra situación a una familia portuguesa y decidieron pagarnos seis meses de alquiler de una habitación en Tánger. Así que fuimos allí. Siempre estaré agradecida a Dios por habernos sacado del bosque. Después de esos seis meses tuve que ir mendigando por las calles de nuevo. Pero, la misma mujer marroquí que nos presentó a la familia portuguesa encontró un trabajo para mi marido: a pesar de que no tenía papeles, podría trabajar como chófer y los marroquíes lo aceptaron muy bien. Así que comenzamos a tener unos 100 € al mes... por primera vez en muchos años, ¡algo empezó a cambiar en mi vida!

37

La decisión era la de volver a casa, pero necesitábamos encontrar algo de dinero. La mujer marroquí me dio algo de dinero para empezar a vender comida en las calles. En septiembre 2005 nos enteramos de que habían problemas en el bosque: la policía había decidido «limpiar» el lugar y llevarse a todo el mundo. Quemaron el lugar, cortaron los árboles y realmente lo «limpiaron». Muchos de nuestros compañeros fueron deportados, otros enviados de vuelta al país y algunos llegaron a Tánger, como nosotros antes. Después de eso, nuestra vida entró en una especie de tranquilidad, aunque la policía siguió buscando migrantes para deportarlos. Como yo pedía limosna en las calles o me dedicaba a la venta de comida ambulante, me pillaron en tres ocasiones. Habitualmente, yo siempre estaba con mi bebé, así que me respetaron todas las veces y me liberaron bastante pronto. La primera vez me liberaron después de un día en la comisaría. Las otras dos veces tuve que pagar para ser liberada. ¡Así es la vida!

Desde 2005 hasta 2009 estuvimos en Tánger. En 2007 decidimos que deberíamos estar legalmente casados, así que tuvimos que encontrar la manera de ponernos en contacto con mi familia, para firmar los papeles. Un amigo de Hakim hizo eso por nosotros. Cuando volvió nos trajo la noticia de la muerte de mi madre ese mismo año. Fue un momento triste, porque esperaba encontrarla de vuelta en Nigeria con mi nueva familia, pero ahora ya era demasiado tarde. Por otro lado, la visita del amigo de Hakim fue un día muy feliz para mi familia: ellos pensaban que después de tanto tiempo sin tener noticias de mí (seis años), yo ya estaba muerta. En todos esos años nunca había tratado de conectar con ellos: sabía que eran pobres y temía que me pidiesen que les enviara dinero y yo no tenía nada para poder compartir con ellos.

Mis hijos estaban creciendo y yo no podía darles una educación. Estaba preocupada y quería hacer algo por mis hijos, pero ¿qué podía hacer, perdida en Tán-

ger? Me enteré de la existencia del SAM en Casablanca: algunas mujeres de Nigeria habían estado allí y dijeron que había una escuela para los migrantes. Una vez más Dios estaba respondiendo a mis oraciones. Así que decidimos que yo debería ir a Casablanca con los niños y tratar de encontrar el SAM, mientras que Hakim se quedaría en Tánger para mantener su trabajo. Cuando llegué a Casablanca encontré una habitación por 120 € al mes y nos acercamos al SAM para pedir ayuda. La primera vez no pude encontrar ninguna ayuda: el director, un sacerdote jesuita, me dijo que yo debería volver a Tánger porque yo vivía allí y los niños no tenían la edad adecuada para el jardín de infancia (mi hijo mayor ya tenía más de seis años de edad y sólo aceptaban de tres a seis). No me ofreció ninguna posibilidad, pero yo sabía que tenía que intentarlo de nuevo, por lo que algunos meses más tarde volví al SAM con mis dos hijos. Esta vez expliqué que me quería ir a casa cuanto antes, pero que mientras tanto yo quería que mis hijos tuviesen un poco de educación. Esa vez la coordinadora, una hermana franciscana, aceptó mi petición y también me orientaron hacia la Organización Internacional de Migraciones (OIM). Gracias a Dios, hoy mis hijos están teniendo una educación y también recibimos paquetes de comida y un poco de ropa cuando llegan los donativos al SAM. Y sé que si me encuentro en gran necesidad, el SAM me apoyará. Estoy agradecida a Dios.

Hasta el día de hoy, mi marido está tratando de ahorrar todo el dinero que puede y yo estoy haciendo lo mismo con mi comercio callejero de productos africanos. Y pedimos a Dios que muy pronto podamos volver a Nigeria, para comenzar una nueva vida. Ya tenemos 2.000 €, así que quizás pronto algún día ¡podremos volver! El SAM nos ayuda a mantenernos en contacto con la OIM y creo que 2010 será el año de mi regreso a casa. ¡Sólo Dios lo sabe! Después de tantos años ya sé que Dios es mi futuro: ¡Él me ha salvado ya tantas veces! Y sé que una vez de vuelta en Nigeria Él va a ayudarme también a construir mi vida con mi marido y mis hijos.

A MODO DE CONCLUSIÓN

CJ

Diez barcas varadas en la playa. Al igual que María Magdalena, se sienten abandonadas. Aunque debo confesar que tal vez es más mi sentimiento que no el de ellas. Ellas mantienen su fe en Dios, y tienen, como las mujeres en el Evangelio, más esperanza en la resurrección que un hombre como yo. Demasiadas veces me sentí impotente. ¿Qué podíamos hacer? Sólo acompañar a «Jesús» en su agonía:

María tomó una libra de perfume de nardo puro, muy costoso, ungió con ello los pies a Jesús y se los enjugó con los cabellos. La casa se llenó del olor del perfume. Judas Iscariote, uno de los discípulos, el que lo iba a entregar, dijo: «¿Por qué no han vendido ese perfume en trescientos denarios para repartirlos a los pobres?». Lo decía no porque le importaran los pobres, sino porque era ladrón; y, como llevaba la bolsa, sustraía de lo que ponían en ella. Jesús contestó: «Déjala que lo guarde para el día de mi sepultura. A los pobres los tendréis siempre entre vosotros, pero a mí no siempre me tendréis» (Juan 12, 3-8).

Acompañar. Ese es el trabajo del SAM. No podemos hacer nada más que eso: compartimos el destino de esas mujeres «varadas» con sus hijos en la gran ciudad de Casablanca. En el mes de septiembre de 2009 tres de las personas que acompañábamos, Mary, Blessing y su hijo de dos meses de edad, murieron durante la noche en el Mar Mediterráneo, junto con otros treinta inmigrantes, tratando de llegar a España. Habíamos compartido su último año en Casablanca: sus risas, sus miedos, sus sueños. Les ayudamos a soportar sus dificultades aquí en una gran ciudad, extraña. Vertimos el perfume que teníamos y compartimos la felicidad de sus sueños.

39

Es de esa manera como podemos decir que compartimos su situación. Sabemos que todos estamos en tránsito: después de algunos meses o pocos años, todos desean salir de Marruecos. Los migrantes no tienen ninguna oportunidad de quedarse aquí. Son emigrantes.

Durante estos últimos tres años hemos estado buscando y dando un refugio para sus vidas destrozadas. Después de una infancia difícil, todas ellas tomaron la misma decisión: «No tengo nada que hacer aquí. Tengo que salir. He de probar una nueva vida en Europa para mí y para mi familia». A continuación, aparecen esas personas que te ofrecen el «cielo» en Europa después de un viaje corto. El «hombre de contacto» viene a buscarte y comienza la pesadilla. A veces el viaje es muy fácil, y cuesta sólo algunas semanas desde Nigeria, Camerún, Congo, Costa de Marfil, Senegal... A veces hay que pasar por un mes de experiencias difíciles: «Muchas veces te encuentras contra la pared: debes aceptar el convertirte en prostituta si deseas continuar el viaje. Para escapar de ese destino, tienes que “casarte” con otro emigrante que te protegerá de los otros hombres». Algunas de ellas eligen marcharse sólo con su fe en encontrar algo diferente en Europa, pero muchas mujeres saben desde el principio que se dirigen hacia la prostitución en clubes de toda Europa. A veces es la única forma que tienen de pagar su viaje, la única manera de ayudar a sus familias... y por desgracia éste es el único trabajo que pueden ofrecer a la sociedad europea: «Cuando has ido tan sólo a la escuela primaria, porque tus padres no pudieron darte ningún tipo de educación más allá de la primaria y no tienes ninguna profesión, porque desde que tenías nueve años de edad ibas vendiendo mercancías en las calles, no tienes forma de entrar en la lista de “puestos de trabajo disponibles en la UE” para los inmigrantes. Es imposible obtener un visado de entrada. Por lo tanto, te están obligando a permanecer en tu país ¡para el resto de tu vida! ¡De ninguna manera!». Y aunque la prostitución es un trabajo remunerado en Europa y que puedes encontrar empleo fácilmente en todos los países europeos, no está incluido en la lista de puestos de trabajo que le garantiza un visado Schengen. Esto obliga a muchas de las be-

neficiarias del SAM a arriesgar sus vidas, para cumplir con los deseos de muchos europeos. El sistema Schengen no ha impedido la prostitución en Europa, pero pone en peligro las vidas de las mujeres que Europa «necesita». Y Europa cierra los ojos o lamenta que arriesguen sus vidas. Hipocresía.

Muchas veces las mujeres que se ahogan en el Mediterráneo se ven empujadas por sus «jefes» de Europa a tomar la barcaza: los «patrones» se cansan de esperar que alcancen Europa. Han pagado y las mujeres todavía no están en Europa: muchas veces se ahogan en su último intento. Aunque la barcaza está a menudo sobrecargada y el mar no está seguro, no tienen otra opción: «¡Ahora o nunca!» Demasiadas veces «nunca» es la respuesta.

Nosotros compartimos sus últimos meses. Hemos derramado nuestro perfume sobre ellas. Dios las acoge en su misericordia. SAM todavía está trabajando en Casablanca, con otras muchas mujeres, niños y niñas. Las acompañamos.

Hasta aquí hemos leído diez vidas varadas. Pero no son las únicas: en el pasado ha habido... ¿cuántos millones? Y serán muchos más todavía en el futuro... La migración está inscrita en nuestra condición humana. Pero... ¿qué estamos haciendo? En nuestro mundo globalizado, cerramos nuestras mentes, cerramos nuestro corazón a la condición humana. Creo que cada generación tiene su oportunidad de cambiar un poco el rumbo que estamos llevando juntos. En los casos expuestos aquí, negros y blancos, todos compartimos el mismo destino. Tenemos que mirarnos a nosotros mismos, mirar nuestra vida personal, en nuestro mundo occidental bien desarrollado y avanzado, y entonces tal vez vamos a escuchar la voz de Jesús diciendo: «Yo no te condeno. Sólo tienes que ir y ¡no hacerlo de nuevo!». Hay otra oportunidad; con Él, siempre la hay.

Somos una expresión de la voluntad de Dios de Existir. La vida humana es una experiencia religiosa en este Universo en el que Dios se comunica. ¿Por qué poner trabas a la expresión de Dios? ¿Por qué poner límites a la existencia humana? ¿Por qué convertimos el sueño de emigrar en una maldición?

40

Realmente creo que tenemos otra oportunidad de estudiar una «Declaración de Derechos de los Migrantes» para todo ser humano. Siempre hay otra oportunidad. Vamos a pensar de nuevo y vamos a buscar una manera de vivir juntos con paz y justicia en este nuestro único mundo.

Y acabo con una reflexión escrita en 1991 por mi maestro espiritual durante mis años de formación jesuítica:

Nuestro corazón se va simplificando y enterneciendo espiritualmente en medio de la pobreza y va aprendiendo a no basar la reflexión de nuestra fe en correspondencias, en paralelos o en exigencias, sino en la diferencia, en la gratuidad y, en definitiva, en la presencia siempre actuante del Misterio Pascual en la vida de estas gentes, que si alguna cosa te enseñan es a «siempre esperar». Su vida es distinta de lo que uno ve o imagina que es: su vida es esperanza, mientras que la visión de uno es dramática. Yo te diría que me parece que el arte de vivir entre ellos es hilvanar la esperanza y el dolor apropiados, de forma que sea la primera la que domine al segundo.

La esperanza es el estandarte de su vida. Varadas en la playa, pero siempre con la esperanza de vivir su propia vida.

...the ...

...the ...

...the ...

...the ...

...the ...

...the ...

...the ...

...the ...

...the ...

...the ...

...the ...

...the ...

...the ...

...the ...

...the ...

...the ...

...the ...



colección virtual

1. Mons. Oscar A. Romero, un defensor profético de los Derechos Humanos. Xavier Alegre
2. Treinta años de reformas laborales en España. Joan Coscubiela y Eduardo Rojo
3. Al que tiene, se le dará; al que no tiene, se le quitará. José Eizaguirre
4. Injusticia e ineficacia. Un análisis crítico de la reforma laboral 2012. Julia López
5. Por un orden mundial más justo. Mario Toso
6. Un salario que se corresponda a la dignidad humana y al bien común. Jesús Renau
7. Diez barcas varadas en la playa. José Luis Iriberrí



La colección virtual es una recopilación de materiales publicados exclusivamente en la web. Aquí encontrarás cuadernos que por su extensión o por su formato y estilo diferente no hemos editado en papel, pero pensamos que tienen el mismo rigor, sentido y calidad que los Cuadernos CJ. Deseamos que circulen por la red, y para ello contamos contigo.

Encontraréis los cuadernos de esta colección en: www.cristianismeijusticia.net/virtual